Dr. MANUEL FRANCISCO BECA

11(540-21)

ENSAYOS MEDICO-PSICOLOGICOS

BIBLIOTECA NACIONAL
0374014

1940

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

ENSAYOS MEDICO-PSICOLOGICOS

POR

Dr. Manuel Francisco Beca

Jefe 2.° de la Clínica Psiquiátrica Universitaria. — Ayudante de Histopatología Cerebral. — Psiquiatra asesor de la Escuela Montessori.

1940

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
AGO 1 1940
DEPÓSITO LEGAL

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

PROLOGO

Resuelto a publicar aparte los tres artículos que forman la primera parte de este opúsculo, escritos para la revista "Estudios" y aparecidos en sus N.os 83, 84 y 89; he querido agregar como segunda parte, un ensayo sobre psicopedagogía.

Este último completará los primeros para constituir en conjunto una crítica del pensamiento moderno en los problemas psicológicos. En especial será complemento del análisis de las repercusiones psíquicas de la civilización, pretendiendo insinuaciones en la manera de evitar sus efectos perjudiciales para la salud mental y moral del individuo, así como para la colectividad y la cultura.

En los primeros ensayos se demuestra falsa la concepción materialista en psicología, psicofisiología y psicopatología, y no por razones filosóficas previamente admitidas, sino por los hechos de la experiencia científica. Al examinar los problemas de la educación y psicología del niño resulta también el criterio espiritualista, la única solución que comprende la vida infantil en todos sus aspectos, que contempla el fin del hombre, y que da los medios para preservar a las nuevas generaciones del desequilibrio psíquico y moral de la vida moderna.

El autor es un médico, y como tal, se sitúa en el terreno de la objetividad, sin elevarse a lo abstracto, sino desde lo concreto de su propia experiencia.

Es un neuro-psiquiatra y no puede, por lo tanto, perder de su vista el deseo de evitar al individuo y a la colectividad los sufrimientos de las neurosis y psicosis cuyo doloroso espectáculo debe contemplar a diario.

El deseo de curar, puesto en su profesión al servicio del individuo, trasciende aquí a la sociedad y la cultura. Pretensión inmensa que no se justifica; pero sí se explica, por la confianza de todo especialista en la eficacia de su técnica.

Mi única excusa es la sana intención de hacer un bien: el que resulta siempre que miramos a lo alto; cada vez que de lo puramente biológico tratamos de elevarnos a lo espiritual.

M. F. B.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

PRIMERA PARTE

Sobre psicoanálisis

Freud ha muerto, y su desaparición crea inquietud. Muchas veces nos hemos preguntado acerca de la suerte que correrán pueblos y sistemas europeos que viven y se mantienen gracias a dictadores, no tanto tiránicos en su conducta, como absorbentes en su ideología. Toda la doctrina política de dichos regímenes es creada y sostenida por los grandes jefes que los guían. Puede casi asegurarse que no han hecho escuela, y que a su caída vendrá un conflicto difícil de prever en sus dimensiones y consecuencias. Semejante, se me ocurre, es la incertidumbre que plantea la muerte de Freud. Creador de una grande y fecunda hipótesis, que puede ser digno motivo de orgullo de nuestra época, la alimentó hasta el fin de sus días con la potencia maravillosa de su pensamiento. El era el alma, la forma y la fuerza de la teoría, y era también el crítico de su propia obra. Puliendo, modelando la doctrina, era ella aun algo en construcción, en gestación, para cuya conformación acabada parecía indispensable la supervivencia de su autor. Freud ha hecho escuela, pero sus mejores discípulos han desertado de la ortodoxia psicoanalítica, y los demás impresionan como inferiores a las exigencias que impone la continuación de la magna obra. De ahí la incertidumbre y la inquietud.

Hay algo más. Cada publicación de Freud es complemento de investigación sobre lo construído; pero muchas veces le es preciso destruir lo anterior; contradecirlo, y así resulta de sus libros un panorama de elaboración abierto al público, con afirmaciones, negaciones e interrogantes; con cantidad de nociones imprecisas, de conceptos obscuros y de problemas planteados. Habría sido de desear que el propio talento creador de Freud hubiese podido aclarar,

precisar y resolver todo eso. Nos ha dejado en la penumbra, y esto impone el deber de aportar cada cual un poquito de luz.

Las dudas crecen cuando se piensa en las inmensas proyecciones del psicoanálisis en todo orden de cosas: en psicología, en psiquiatría, en medicina general, en pedagogía; en la criminología, en el arte y en la filosofía. Sus influencias alcanzan hasta la moral, en doctrina y en la conducta de los hombres. En las aplicaciones de la teoría psicoanalítica se ve el peligro que encierra, si en ellas se exagera, si se generalizan sin mayor crítica principios demostrados sólo para ciertos territorios de la medicina o de la psicología. Freud ha sido tal vez el psicoanalista que menos ha caído en estos errores, salvo en ciertos momentos en que el entusiasmo por su obra le hace perder la conciencia de las debilidades de la teoría, como de las posibilidades que posee. Sin embargo, son sólo momentos; son sólo aportes provisorios, a veces contradichos en medio de la elaboración dialéctica a que hemos aludido.

En cambio, discípulos de Freud han hecho caudal de las proyecciones del psicoanálisis, deduciendo aplicaciones prácticas, en su gran parte absurdas, utópicas, cuando no inmorales. Y este es el blanco, amplio y visible, para los ataques de los enemigos del psicoanálisis, que no son pocos, y que cuentan médicos, psicólogos y filósofos. Aun hay enfermos neuróticos, que se defienden contra la obligación que su inteligencia les muestra, de ponerse en manos de un psicoanalista, no queriendo saber nada de Freud ni su sistema y convirtiéndose en sus enemigos. Defienden así, guiados por el inconsciente, el refugio que para ellos significa su neurosis. Tampoco faltan, en cambio, los clientes de psicoanálisis que se convierten en fanáticos apóstoles del método que los curó, con resultados a menudo contraproducentes.

Los escolásticos atacan—con razón—la filosofía freudiana y ciertos aspectos de su psicología. La incursión de Freud en la filosofía es lo menos feliz de su obra. En lo psicológico, la falta capital es el determinismo, que si bien no aparece en declaración explícita, parece fluir del con-

junto de la teoría psicoanalítica. Y éste es vicio grave, no sólo en psicología, sino también en psiquiatría. No reconocer la libertad psicológica implica desconocer las alteraciones y enfermedades de la voluntad, y comprender sólo parcialmente el mecanismo de producción de otros trastornos.

Sin embargo, estas fallas se observan, como recién decía, en las extensiones—en este caso hacia la filosofía—de los principios psicoanalíticos; mas no en su médula, en lo que tiene de esencia, donde conserva la tradición de su origen. Nacido el psicoanálisis del tratamiento de enfermos nerviosos, ha hecho mal en remontarse desde un origen tan humilde hasta las cumbres de la metafísica, desde el empirismo de la terapéutica hasta las más elevadas abstracciones de la filosofía. Se ha extraviado en el camino. Pero en psicopatología, en psicología positiva o de la conducta, y en disciplinas en que la psicología juega rol importante, allí brilla lo genial de la creación de Freud. Su explicación de las neurosis, de los sueños, y de los actos fallidos de la vida cotidiana, son hechos valiosos y definitivamente adquiridos. El argumento de que no todas las equivocaciones cotidianas ni todos los sueños son susceptibles de interpretación como productos del inconsciente, nada prueba contra el hecho demostrado de que muchos lo son. Que no todas las neurosis sean producto exclusivamente psíquico, sino el resultado de una alteración orgánica, tampoco prueba que la mayoría no sean psicógenas y psicoanalizables.

Luego, el descubrimiento de las causas de estos procesos, de ese mundo interior ignorado, el inconsciente, es un acontecimiento de primera magnitud en el conocimiento de la personalidad humana normal y patológica. El inconsciente era conocido; pero de lejos, como orden estático, parásito del individuo. Freud lo explora, mediante esos actos fallidos, sueños y neurosis, que son sus manifestaciones exteriores; y le reconoce vida, dinamismo, influencias poderosas en la conducta del hombre. Ya no es parásito ni tumor dentro del individuo; es nervio y médula, sangre que bulle, es motor que impulsa, es energía. En este sentido,

Freud ha descubierto el inconsciente; y le ha dado su valor. Y he aquí el peligro: sobrevalorarlo. Porque si a estas energías se les concede poder incontrastable, si toda actividad humana se explica primordialmente por ellas, si se niega la libertad, si no se reconoce la existencia de la razón y de la voluntad con el rango y poder que les corresponde, si conceptualmente las fuerzas del inconsciente absorben la personalidad; entonces se ha perdido lo ganado. Resulta, en efecto, que todo es producto del inconsciente, a expensas de lo consciente, y así como antes se desconocia o despreciaba lo inconsciente, ahora se desprecia o desconoce la conciencia. Repito que todo esto no es obra de Freud; pero sí subproducto frecuente de su obra; que de puro fecunda y generosa, es fuente donde beben moros y cristianos, expuesta como está a quien desee acercarse, abierta al grueso público.

El psicoanálisis debió ser patrimonio de los especialistas. La ciencia es indigesta para el vulgo, sobre todo si se le entrega aún a medio condimentar. Y Freud no espera concretar para divulgar, sino que escribe desde el principio para el profano, para la masa. Esto resta a su obra rango de ciencia y culto de científicos. Por algo los laboratorios no son al aire libre. Si el psicoanálisis se hubiera encerrado en institutos, clínicas y consultorios, habría hecho menos mal, y mucho bien, para ese mismo público y para sí mismo.

Las esperanzas para la teoría psicoanalítica residen en el retiro de la circulación libre; en someterse al control científico, en resignarse a ser ciencia y no panacea ni filosofía ni religión. Así se convencerán los propios especialistas que se resisten a aceptar el psicoanálisis, de la verdad que encierra como teoría de interpretación de las neurosis, y de las grandes posibilidades que ofrece para el tratamiento de ellas. En ciencia no vale la publicidad, sino el trabajo paciente y concienzudo. La experiencia personal repetida y controlada es superior a los libros. Quien ha hecho psicoanálisis sabe la prueba irrefutable que es la interpretación de los simbolismos de un sueño o de un sín-

toma, sin que esto pueda demostrarse fácilmente en el papel, pero sí, en cambio, durante una cura analítica.

Así se convencerán también los enemigos del método, de las curaciones — más o menos completas, según los casos—, que se obtienen con él. Cómo, neurosis arrastradas durante gran parte de la vida mejoran en meses, plazo que parece largo si no se considera en relación con el tiempo de duración de la enfermedad, y también con la perspectiva del futuro. Es preciso que comprendan además que, como toda terapéutica, el psicoanálisis tiene sus indicaciones y contraindicaciones. Empleado en casos inapropiados o en sujetos poco aptos se llega al fracaso y aún a efectos contraproducentes. Si la estadística pone sus ojos en tales resultados, dispondrá de un arma contra el método; pero la culpa no es del psicoanálisis, sino del psicoanalista que no supo restringir su uso.

Estas exigencias de limitación han sido prescritas por el propio Freud. Otro tanto debió haber hecho para las aplicaciones del psicoanálisis a la psicología. Porque así como tiende el médico a buscar una panacea, así tiende en general el hombre a generalizar las explicaciones de las cosas, a crear soluciones universales. Así ocurre con la incursión psicológica del psicoanálisis. Como en el neurótico tiene el inconsciente un rol primordial en la génesis del mal, Freud ha querido hacer de ese inconsciente también el eje de la actividad humana normal. Impregnado del ambiente patológico, no recuerda que en la personalidad normal el inconsciente no es tan rebelde ni tan cargado de energías como en el neurótico; que no hay, teóricamente, conflictos entre las fuerzas de ese inconsciente y lo consciente, porque en la evolución normal se resuelven en el curso de la vida, y las energías se ponen al servicio de algo más elevado que el objeto del instinto, se subliman.

Ahora bien, fuerzas al servicio de lo superior, de lo que es racional, no pueden ser más poderosas que el señor a quien sirven, la razón. Así debe entenderse la sublimación: como orientación de energías por la inteligencia. Son potencias que la razón debe poner en acto. Si en ciertos momentos se actualizan por sí mismas, el acto será instintivo

no racional; y por lo tanto no específicamente humano. La esencia del hombre es lo racional.

Concebir las cosas de otra manera, considerar las actividades superiores como meras derivaciones o transformaciones de lo instintivo e inconsciente es negar lo racional, lo humano. Es explicar al nivel del animal, del psiquismo rudimentario, sólo vegetativo-sensorial. Los actos de la personalidad humana son el resultado de dos co-principios: de las fuerzas vitales, inconscientes, y de las orientaciones conscientes, señaladas por la inteligencia. El hombre se mueve por la energía nacida del instinto, pero lo guía la razón, y se decide por la voluntad, que son principios distintos, aunque substancialmente unidos al anterior. Principios diferentes, porque la razón es humana y el instinto, animal; porque el instinto es ciego, y la voluntad es libre. En efecto, así como lo instintivo, y también lo pasional o emocional, inclina hacia algo, la inteligencia muestra metas y motivaciones entre todo lo cual la voluntad puede libremente elegir. Esa libertad existe y el hombre tiene conciencia de ella. Reconocemos al inconsciente una influencia; el instinto y la pasión pueden desviar al sujeto de la elección del bien; no puede desconocérseles poder porque somos cuerpo y alma. Por eso, el idealismo, el indeterminismo absoluto, es un error. Pero también lo es el determinismo y con más funestas consecuencias, porque negar la libertad es negar la responsabilidad, es abolir la moral.

Estas nociones son indispensables para avaluar las aplicaciones de la teoría psicoanalítica a la pedagogía y a la criminología. Especialmente en la primera, el psicoanálisis ha abierto fecundos horizontes, que concuerdan con la orientación de la psicología nueva, en el sentido de educar con gran libertad. Dar posibilidades al niño para expresar y desarrollar sus tendencias es ya un axioma en la ciencia de la educación. Pero al suprimir restricciones es fácil caer en el extremo opuesto, el exceso de libertad, con menosprecio de la autoridad y anarquía de las tendencias liberadas. Orientar esas fuerzas debidamente debe ser la solución. No la represión violenta sino la dirección de las

tendencias, la educación del instinto. Para este objeto es preciso, sin embargo, formar también la voluntad, sobre todo en ciertas épocas de la infancia; y a este respecto son bien poco explícitos los psicoanalistas; por no decir que lo callan o lo ignoran. Los psicoanalistas, más que el psicoanálisis, parecen buscar el destierro de la voluntad del mundo psicológico.

En criminología, el psicoanálisis ha dado al instinto todo el importante rol que juega en la génesis del delito, pero en esta ciencia las cosas se han extremado más, y vulgarizadores poco cuidadosos han llegado hasta el absurdo de la apología del crimen, viendo en el criminal al ejecutor irresponsable de impulsos biológicos a los cuales sería honroso obedecer. Eso equivale a la glorificación del instinto, y del animal, que es su más fiel intérprete; a la negación del hombre, cuya inteligencia y cultura exigen la superación del instinto. El psicoanálisis aporta interesantes explicaciones sobre el mecanismo de producción del delito en muchos casos, pero no puede pretender su justificación sino en escasísima parte de ellos, a saber, cuando el impulso instintivo es demasiado fuerte y la inteligencia o voluntad demasiado débiles, por motivos patológicos o singularísimas circunstancias criminogénicas.

Así entendido, el psicoanálisis no tiene por qué pervertir el criterio moral, porque sus principios son compatibles con el concepto de responsabilidad. Sin embargo, hay psicoanalistas que la atenúan hasta su eliminación, creando entonces un desquiciamiento de la ética. El peligro está, naturalmente, en la posibilidad que deja Freud, con su imprecisión, para pensar de esta última manera. Por eso comenzaba mencionando, entre las aplicaciones del freudismo que pueden ser funestas si no se hacen con cautela y reservas, la moral teórica y práctica. Porque en el hecho, las divulgaciones psicoanalíticas han sido perjudiciales, sobre todo en lo que se refiere a la moral sexual.

En efecto, el inconsciente se reduce prácticamente, según Freud, al instinto sexual. Su importancia en la esfera inconsciente es en realidad tan grande, que absorbe la preocupación de todo psicoanalista. Esto es desagradable,

pero es la verdad, y se necesitaba que un médico, acostumbrado a todas las miserias y bajezas humanas, pudiera descubrirlo y aceptarlo. Así las cosas, las limitaciones y aclaraciones que hemos hecho, son válidas para el instinto sexual más que para cualquier otro. Pero también los peligros de perturbación del criterio moral se refieren entonces en especial al aspecto sexual. El público no ha comprendido esto; pero lo ha sufrido. Y el psicoanálisis sirve a muchos para justificar cualquier obscenidad. Se habla entonces de "nueva moral sexual".

Tanto es así, que algunos llegan a pensar que el tratamiento psicoanalítico consiste en aconsejar al cliente la satisfacción inmediata del instinto sexual. Ignoran que la cura debe desarrollarse en la mayor continencia posible; que se trata de resolver el conflicto creado por deseos o incidentes infantiles; que el psicoanalizado debe comenzar por renunciar a tales vivencias una vez que se han hecho conscientes, y sólo entonces podrá disponer de las energías que estaban alimentando la enfermedad y han quedado así liberadas para dirigirse en cualquier otro sentido. Todo lo demás que se cuenta o comenta, acerca, por ejemplo, de la relación de transferencia entre psicoanalista y psicoanalizado, en el sentido de peligros morales del tratamiento mismo, son maneras exageradas de ver una relación afectiva que, en menor grado, existe casi siempre entre médico y cliente. Que el psicoanalista deshonesto tenga más oportunidades que cualquier otro médico, para mal aprovechar esta corriente afectiva, no prueba sino que hay que cuidarse mucho de caer en sus manos.

Por lo demás, sobre este punto, como sobre otros de la técnica del análisis sólo tienen completo derecho a opinar los que hayan experimentado personalmente el método; porque es algo tan subjetivo y tan íntimo que casi es imposible comunicar a los demás las reacciones que se producen durante el tratamiento, las dificultades que aparecen, y aún el motivo de los éxitos y los fracasos. Basta saber que es grande el número de neurosis curadas por análisis, y éste es bien positivo del sistema dentro de la psicopatología. También lo es, insisto, toda la riqueza de ex-

plicaciones que ha significado el psicoanálisis en neuro-psiquiatría, no sólo en la génesis de las neurosis, sino también en la interpretación de síntomas para cuya aclaración se buscaba utópicamente una lesión cerebral localizada. Hoy día, en que el organismo se bate en retirada frente a las complejidades de la variedad más abundante de locura, la esquizofrenia; se vuelve a pensar en alteraciones instintivas, por lo menos para explicar la aparición y forma de sus síntomas. A Freud y a Bleuler, que no ha tardado en seguirle camino de la muerte, debe la psiquiatría esta nueva ruta; difícil de seguir, pero fecunda. Estos son problemas que tiene el psicoanálisis dentro de su propio ramo original. Deber es preocuparse de esto antes de extender su acción a otros campos.

Cuando el psicoanálisis haya logrado desembarazarse de la maraña de literatura novelesca y hasta pornográfica que oculta sus mejores tesoros y se reduzca al rol de pura disciplina científica y método terapéutico, y de investigación psicológica, cuidando mucho en sus aplicaciones a las ciencias afines; nadie querrá negar sus principios, sino contribuir a completarlos y perfeccionarlos. Entonces habrá llegado para Freud la hora de consagración definitiva.

Aspectos psíquicos de la cultura moderna

Tal vez parezca a muchos, abuso petulante de especialista, hablar de psicología y psicopatología de la cultura; invasión de atribuciones, que corresponderían al humanista, al historiador o al sociólogo; pero no al médico, que se preocupa de los desórdenes psíquicos y quiere aplicar su peculiar punto de vista al alma de la época y de los pueblos. Sin embargo, es natural que cada cual tenga su color de cristal para poder observar — profesional, doctrinario o puramente personal, — y, por lo tanto, nádie tendrá derecho a arrojar la primera de las piedras, si un psiquiatra se preocupa del problema de la cultura, que para él no es más que extender el análisis psíquico del individuo al psiquismo colectivo.

No es éste tampoco el único motivo. Con razón se ha escrito — y yo no dejaré de hacerlo — acerca de la influencia de la vida moderna, de los progresos de la civilización, sobre la psicología del hombre contemporáneo; se escribe aún, recientemente, sobre la acción de los factores económicos en el psiquismo del capitalista y del obrero, y se pretende crear así toda una disciplina, el socio-análisis, como derivación del psicoanálisis. ¿No es posible permitirse, entonces, a la inversa, investigar el rol que los factores psíquicos, normales o alterados, desempeñan en la evolución y constitución de la cultura, sin que pueda tildarse este ensayo de pretencioso, de hipervaloración de la especialidad?

La psicopatología tiene el derecho de arrogarse un rol en la interpretación de la cultura; y con mayor razón que la biología pura y que la economía. Someter la génesis y la evolución de la cultura a leyes biológicas como Max Sche-

ler o a leyes económicas como Carlos Marx, es subordinar el curso del espíritu humano a moldes puramente materiales que forzosamente quedan estrechos a la plasticidad y grandeza del contenido. Aún más, si la cultura es la acción del hombre sobre la naturaleza, el cultivo de lo material por la espiritualidad humana, es absurdo explicarla mediante teorías materialistas. Sólo una ciencia espiritualista como la filosofía puede ensayar comprenderla, y es a su rama que se ocupa de la actividad espiritual, la psicología, a quien debe corresponder más que a nadie ocuparse de la cultura. Si con una concepción behaviorista, quiere quitarse al objeto de la psicología el apellido de espiritual, y adjudicársele simplemente el de estudio de la conducta, no por eso podrá descuidar ella el análisis de la cultura, obra por excelencia de la actividad humana, de lo específicamente humano, del individuo orientado por la voluntad y la razón. Sé que parece anacrónico y resulta audaz hablar en la actualidad de voluntad y de razón — como mencionar lo espiritual, — pero si en la cultura no interviene la razón, si no es la acción del animal racional, entonces no hay cultura. Y si no hay voluntad, que presupone libertad para elegir y preferir, tampoco hay cultura; por cuanto no hay cultura ni siquiera en los pueblos en que se impide políticamente pensar y expresar. Todo eso es negación de la cultura.

Esto suena a digresión, pero es fundamental: la cultura exige para existir y desarrollarse, la comprensión del hombre en todas sus dimensiones: corporales, espirituales y sociales; la cultura necesita de la libertad, humana o subjetiva, y política u objetiva, para poder originarse y subsistir.

Debemos partir de esta base para comprender la cultura. Ella es el cultivo, la explotación, la modelación de los dones de la naturaleza por el espíritu. En el sentido objetivo o más propiamente material, es el uso y aprovechamiento de las cosas para el bien común, para el progreso de la civilización; es la civilización misma, con su tecnicismo y urbanismo. En el sentido subjetivo o más

propiamente humano, es el cultivo de las tendencias, la modelación de la personalidad, orientada hacia el perfeccionamiento del propio individuo y de la sociedad. De este último modo, cultura es aprovechamiento de nuestras energías instintivas, encauzamiento y orientación de los instintos hacia fines más nobles, más superiores, más constructivos que su satisfacción directa. Es, en idioma psicoanalítico, sublimación del inconsciente.

Si una cultura no llena estas necesidades, las primeras y las últimas, no es cultura, o es remedo de ella, o anormalidad de ella o enfermedad de la cultura. Así aparece claro el papel de la psicopatología al ocuparse del estado actual: examinarlo como presunto enfermo, estudiar las causas psíquicas del mal y formular diagnóstico.

No parece necesario citar autores para referir la frecuencia con que se habla de la crisis, de la decadencia, del derrumbe, de la cultura actual, en especial europea. Puede decirse que todos los filósofos o ensayistas están de acuerdo en los defectos cada vez más graves de la vida cultural contemporánea. Las opiniones varían sólo en la descripción o avaluación de los síntomas, en la interpretación de sus causas o en el pronóstico del porvenir. El derrumbe que se inicia preocupa al mundo, inquieta a los intelectuales, y se da el caso — como apunta inteligentemente Alexis Carrel, — que "por primera vez en la historia del mundo, una civilización llegada al comienzo de su decadencia, puede discernir las causas de su mal". Se analiza, se escribe, se forman grupos, academias, institutos, para salvar la cultura; pero por sobre todo se teme, se desconfía, como Thomas Mann al preguntarse: "¿El humanismo europeo ha devenido incapaz de una resurrección que devolvería a sus principios el valor del combate? Si no es capaz de tener conciencia de sí mismo, de prepararse para una lucha en una renovación de sus fuerzas vitales, perecerá, y con él Europa, cuyo nombre no será más que una expresión puramente geográfica e histórica". Refiriéndose a la situación europea y al peligro que amenaza a la cultura exclama Thomas Mann, en su profética "Advertencia a Euro-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

pa": "El resultado de todo esto ya lo vemos claramente: será la guerra, la catástrofe total, el fin de la civilización".

Y la guerra ha llegado.

Para continuar con las opiniones de este autor, y pasando a referirme a cómo se describe y analiza la situación actual y sus causas, es el abandono de la vida individual — léase vida interior — para refugiarse en la vida colectiva, la faceta principal que, según Mann, caracteriza esta decadencia. "Los jóvenes ignoran la cultura en su sentido más elevado, más profundo. Ignoran lo que es perfeccionarse a sí mismo. Ya no saben nada de la responsabilidad individual, y encuentran todas sus comodidades en la vida colectiva". En igual sentido se expresa Alexis Carrel, diciendo: "Además de la disminución del esfuerzo y la adquisición de bienestar, los seres humanos han aceptado gustosos la posibilidad de no estar jamás solos, de disfrutar de las continuas alegrías de la ciudad, de integrar grandes muchedumbres, de no pensar nunca". Otro aspecto típico del estado actual ve Mann en "el desprecio por el idealismo, la libertad y la verdad, y el amor al vértigo y la técnica... Esta generación sólo desea despedirse para siempre de su propio yo. Lo que ama, lo que quiere es el vértigo... La vertiginosa evolución de la técnica, sus triunfos y sus fracasos, el deporte, los records sensacionales y ruidosos, la importancia excesiva acordada a las "vedettes" que fascinan a la multitud, los campeones de box cubiertos de oro que aplaude una asistencia numerosa, tales son los rasgos más sobresalientes de un retrato de nuestro tiempo. Agreguemos a esto la decadencia y la muerte de las grandes ideas morales, como la cultura, el espíritu, el arte, el pensamiento".

Este es el cuadro que describe Thomas Mann.

Para Aldous Huxley, es la caridad — factor moral, espiritual y psicológico, no económico, ni biológico, ni material — lo que mide el grado de progreso y de cultura de una sociedad. Y he aquí lo que escribe: "Tal es el mundo en que nos encontramos; un mundo que, juzgado por el único criterio aceptable de progreso, se halla en retroceso

manifiesto. El avance técnico es rápido. Pero sin el progreso en la cáridad, aquél es inútil. A la verdad, es peor que inútil. El progreso técnico nos ha proporcionado únicamente medios más eficaces de marchar hacia atrás".

Un psicopatólogo, Levi-Bianchini, en su "rapport", al último Congreso Internacional de Higiene Mental, de París, agrega: "La humanidad de las grandes naciones culturales mundiales atraviesa una crisis demográfica, espiritual, moral, extremadamente grave y profunda. Ella depende, sin duda, al menos en parte preponderante, de la constitución negativa de la civilización actual, y consiguientemente del urbanismo...; la materia quiere vencer al espíritu: el arbitrio quiere substituirse a la justicia; la ideología quiere sofocar a la idea; la demagogia traiciona la verdadera democracia".

He aquí como ven los europeos y norteamericanos el estado de su cultura: Lo material, en el predominio de la técnica, del confort y de la fuerza, sobre lo espiritual, lo moral, lo propiamente cultural. O sea, precisamente, lo que he diagnosticado como negación de la cultura.

¿Podremos en Sud-América ver las cosas de otro modo? En sus detalles sí; en el camino que ha llevado a estos resultados, también; pero en el fondo, no. Imitadores permanentes de Europa, hemos caído en lo mismo. No hemos tenido guerras ni hemos vivido desencantos filosóficos que pudieran desilusionar al hombre de los principios idealistas de la cultura clásica; pero hemos llegado también al materialismo, a la civilización técnica de la vida moderna, con un vacío de vida interior, de pensamiento, de arte, de cultura. Influenciados enormemente por Norteamérica, cuyo imperialismo no ha sido económico, sino también cultural, gozamos de mayores adelantos técnicos que Europa, y a la vez de mayor ausencia de sentido de nuestra vida, individual y colectiva. Prospera el cine, el jazz, el atletismo, el automóvil veloz y aerodinámico, la elegancia y el aseo corporal. Pero como anota Freud, con esa sinceridad que le caracterizaba, la cultura no se mide por el uso del jabón.

En cambio, ¿qué filosofía o pensamiento autóctono ha producido Sudamérica; qué tradiciones conserva; qué moral cultiva? ¿Qué arte genuino ha creado? Pensemos en la música, el más sutil de los medios de expresión artística, y por lo tanto el más significativo o representativo de una región y una época... ¡Pobre es el panorama de nuestra cultura! Creemos tener el justificativo de ser jóvenes, sin pensar que por eso mismo debiéramos estar en plena producción y potencia, y, en cambio, saltando etapas, parecemos envejecidos. Esto no es derrotismo, porque el envejecimiento tendrá que ser más aparente que real, más pasajero que definitivo, y podremos reaccionar mejor que Europa. Pero para ello es preciso confesar nuestras faltas, reflexionar sobre ellas y cambiar de rumbos.

Ya es tiempo de ascender a buscar las causas de la decadencia. Se pretende explicar todo por las luchas económicas. Repito que tal explicación es, a mi juicio, mecánica, insuficiente y estrecha. Prefiero confiar en la psicología, y en este sentido he de apelar a Freud como defensor de este punto de vista. El genial psicólogo dice en una de sus últimas obras: "No se puede admitir que los motivos económicos sean los únicos que determinan la conducta de los hombres en la sociedad. Ya el hecho indudable de que razas, pueblos y personas diferentes se conduzcan distintamente en las mismas circunstancias económicas, excluye el dominio único de los factores económicos. No se comprende, en general, cómo es posible prescindir de los factores psicológicos, en cuanto se trata de reacciones de seres humanos vivos".

De esto se desprende, que el valor de los factores económicos reside en modificar la psicología del individuo, influyendo por medio de ella en la cultura, pero no directamente. Además, no son ellos los únicos, ni los principales, elementos capaces de modelar un psiquismo. De mucho mayor importancia es la educación, el ambiente material y cultural, la filosofía de la época, la tradición y aún la herencia biológica. Con esto no quiero negar valor a los factores económicos; pero no se les debe adjudicar más

del que poseen. Es evidente que la economía liberal ha producido una psicología capitalista, como otra del obrero, y otras de comerciantes, de empleado de Banco; que los sindicatos determinan una psicología de dirigente obrero, etc. El empleador tendrá sentimientos de superioridad frente al asalariado, y éste, sentimientos de inferioridad frente al patrón; como el dirigente sindical tiene a menudo sentimientos reivindicacionistas.

Pero no es esto lo importante. También la técnica pura y el profesionalismo crean tipos psicológicos especiales: el automovilista y el peatón son tan antagónicos como el médico y el cliente. Lo importante y necesario es que cada cual en su oficio, profesión, clase y condición respete al vecino, reconozca al superior, comprenda al inferior, y todos y cada uno contribuyan al bien común, a la armonía social. Es decir, se trata de un problema eminentemente psicológico. La psicología social debe buscar la adaptación del individuo a su medio, condición, oficio, etc. La sociología debe tener en cuenta a la psicología al tratar de organizar o reorganizar los grupos sociales. Debe buscar al individuo apto para determinado trabajo mediante la psicotecnia y la orientación profesional, y una vez ubicado en la escala social y en el engranaje de las profesiones, obligarlo a perfeccionarse en su oficio y condición; pero sin invitarlo a salir de él. De otra manera se altera el orden orgánico y sufre la sociedad y el individuo.

Me explico: cuando el destino obliga, por ejemplo, al médico a transformarse en cliente, porque ha enfermado, el sujeto sufre, pues siente el malestar que le crea el trastrocar los valores, debiendo pasar a ser enfermo sin poder dejar de ser médico. Ha cambiado su ubicación social sin haber variado su psicología. Lo mismo ocurre al que pierde bruscamente su fortuna y también al que la gana súbitamente en una lotería: no se adapta, se desambienta, siente malestar. Otro tanto sucede al campesino trasladado a la ciudad y al obrero de la capital llevado a las salitreras del norte.

La psicología exige que se mantenga el ambiente en el

cual el individuo se formó, y a la inversa, que se mantenga el individuo en su medio, salvo que sea un inadaptado, lo cual significa, o bien que no se encontraba en el lugar que le correspondía, o bien que era un enfermo. Lo demás es antipsicológico, o anti-higiénico respecto a la salud mental; y el resultado es patológico. Es asimismo socio-patológico o contrario a la higiene mental, individual y social, que el superior no comprenda, proteja y ayude al inferior, como que el inferior no respete y se someta al superior. Insisto en que se trata de algo preferentemente psicopatológico o psicológico, aún cuando se encuentran en juego los problemas económicos.

Y hemos llegado aquí a una de las causas esenciales del fracaso de la civilización y la cultura. Porque ellas en vez de atenerse a los principios psicológicos enunciados, los han violado o vulnerado sistemática y constantemente. ¿Dónde existe el respeto del subordinado por la autoridad, y de ésta por el súbdito, del individuo por su vecino, y de los hombres por el bien común? ¿Dónde subsiste la escala de valores, la jerarquía, la ordenación orgánica, establecida con justicia y acatada por todos? ¿Dónde están los sentimientos de solidaridad social?

En el hombre existen tales elementos de orden y de comunidad, pero no se realizan; están paralizados, ahogados por los sentimientos de hostilidad y agresividad. Es que estos principios instintivos de destrucción y de odio — sádicos, en psicoanálisis — no necesitan para manifestarse, sino algo negativo: ausencia o disminución de conciencia, de control moral y social. En cambio, los sentimientos de solidaridad y comunidad exigen algo positivo: superación del instinto; aprovechamiento de energías psíquicas en lo noble y espiritual a expensas de lo pasional y animal. Exigen obedecer a la razón y sacrificar la tendencia al placer. Odiar es fácil; amar es difícil; si por amar se entiende no lo sexual que es instintivo, sino lo cristiano, que es racional, que abarca con sus brazos también al enemigo.

Tiene plena razón Huxley cuando echa de menos ese

amor, la caridad en las relaciones de los hombres de hoy, y al divisar allí la esencia del fracaso.

Lo más grave es, sin embargo, que la propia cultura moderna ha exaltado lo instintivo, ha enseñado a odiar, ha contribuido al sadismo, a la destrucción, y ha terminado por destruirse a sí misma. Nietzsche opuso a Cristo que era amor, el Superhombre, agresivo y destructor; y hoy, el jefe de un pueblo que tiene el deber de mantenerse a la cabeza de la cultura, sigue su doctrina de sadismo. El liberalismo opuso a la organización económico-social de la Edad Media, que buscaba armonía, los principios del libre cambio, de la lucha económica y social, con sus odios y explotación sádica del hombre por el hombre. Marx, Engel, Lenin, opusieron a toda solidaridad social posible la lucha de clases, sádica también, y predicaron la revolución social, llena de odio. Hoy, nacismo y bolchevismo, dos fuerzas al parecer antagónicas, se unen porque tienen un factor común, la raíz sádica, y derivan y transfieren su sadismo hacia la guerra.

Hay autores como Unwin, que consideran la guerra derivada de una represión del instinto sexual, y debería ser, por lo tanto, inherente a toda cultura. En efecto, sucede a veces en la mecánica de los instintos, en la dinámica del inconsciente, que si se reprime un deseo o tendencia, las energías sofocadas se ponen al servicio de otro elemento, y aparece otro deseo o tendencia cargado por dichas fuerzas. Pasa lo que con las casas viejas que gotean cuando llueve, y que no bien se tapa un agujero, aparece la gotera en otro lado. También es efectivo que toda cultura exige la represión del instinto sexual, como de todo otro instinto; pero nuestra cultura moderna por extraña y funesta paradoja, más bien parece preconizar la satisfacción de los instintos. Como he dicho, exalta la pasión destructiva, y exalta también la sexual. Hay filosofías que defienden el amor libre, que atacan la castidad, que hacen aún la apologética del donjuanismo y hasta del homosexual. Hay literatura — y abundante; sin contar la pornográfica — que excita, premeditadamente, el instinto.

Hay teatro y sobre todo cine, que defiende a diario el adulterio y el amor libre; que muestra escenas destinadas expresamente a producir una emoción sexual. Hasta la música es hoy día sensual y quizás pornográfica a veces.

Si de esta manera se exacerba lo sexual y por otra parte — como es lógico e inevitable — se tienen que mantener siquiera continencias morales de policía, de convivencia social; se crea forzosamente en el individuo sometido a estas contradicciones una inquietud, un malestar, una lucha interior. Es éste el "malestar de la civilización" de que habla Freud, quien la atribuye también a la represión cultural. Pero no se fija que esta continencia moral ha existido siempre; en cambio, el continuo acicatear el instinto sexual, es característico de nuestra época. Freud tiene razón al ver en dicho malestar la causa de la frecuencia de la neurosis de la actualidad, hecho evidente, que preocupa a los neuro-psiquiatras y a la higiene mental. Sin embargo, la neurosis casi colectiva de nuestra época, y su causa, el malestar, no pueden deberse a represiones que han existido siempre, sino al otro elemento de la lucha interior: el instinto sexual, que se encuentra sobre-excitado, por obra de la misma civilización. Represión consciente e instinto inconsciente son dos fuerzas en lucha. Si se aumentan las energías de una parte, también la otra se intensifica y la lucha se exacerba. Es lo que ocurre hoy, gracias a todo lo que contribuye a estimular lo instintivo sexual.

Y así como se producen neurosis, se produce la guerra y todo lo sádico y destructivo: el terrorismo revolucionario, la explotación en las relaciones económicas, la piratería diplomática, etc. Son derivativos, válvulas de escape — tal como la neurosis — de esos conflictos interiores o complejos, nacidos, repito, de la lucha del instinto exaltado, que trata de romper vallas morales que nunca han dejado ni podrán dejar de existir. Las energías así puestas en tensión buscan entonces otra salida, y la encuentran más fácil en las tendencias destructivas.

Aquí las restricciones culturales son más reducidas que en lo sexual y, por otra parte, la cultura misma ha im-

pulsado esas tendencias de destrucción y de odio. La filosofía fascista y comunista, descendientes de Nietzsche, de Hegel y de Marx, se encargan de ello; la organización estatal tiende a ello; sin hablar del armamentismo, ni de las prédicas revolucionarias de la lucha de clase. En cuanto a la represión moral del instinto de destrucción, es curioso el concepto moderno al respecto.

Aldous Huxley lo expone en forma gráfica y convincente: "En el curso natural de los acontecimientos la mayoría de los hombres y mujeres se comportan aceptablemente. Esto significa que deben reprimir frecuentemente sus impulsos anti-sociales. Hallan un derivativo a estos impulsos en las películas del cine y en las novelas sobre "gangsters", piratas, estafadores, barones malvados, etc. Ahora bien, la nación personificada, como ya lo he advertido, es divina en tamaño, fuerza y superioridad mística, pero infrahumana en carácter moral. La ética de la política internacional es precisamente la del gangster, del pirata, del estafador, del barón malvado. El ciudadano ejemplar puede condescender con la criminalidad no sólo en el cine, sino también en el terreno de las relaciones internacionales. La nación divina de que forma parte místicamente, alardea y embauca, vocifera y amenaza de una manera que mucha gente encuentra profundamente satisfactoria para sus instintos inferiores asiduamente reprimidos. Obediente a su mujer, bondadoso con sus hijos, cortés con los vecinos, honesto en los negocios, el buen ciudadano siente un estremecimiento de placer cuando su país "adopta una actitud firme", "realza su prestigio", "obtiene una victoria diplomática", "aumenta su territorio"; en otras palabras, cuando engaña, amenaza o roba".

Así elude el hombre muchas veces el control que debiera imponer la cultura a sus tendencias destructivas.

Pero no perdamos de vista que estas son derivaciones de una exaltación del instinto sexual, de las energías pasionales inconscientes, que aparecen bajo otra forma; que son el resultado del acicate con que la literatura, los ensayistas, novelistas, dramaturgos, autores y directores de

películas cinematográficas, estimulan el instinto. Que son el producto de la excitación que la vida moderna provoca en el instinto sexual y en las propias tendencias de destrucción.

Muy diferente debió ser el papel de la cultura. Los instintos son fuerzas en tensión que necesitan expandirse, son deseos ocultos que tienden a realizarse. Pero son fuerzas que pueden aprovecharse en fines distintos a su satisfacción directa. Son energías que pueden encauzarse hacia objetos más elevados. Ese es el proceso conocido en psicoanálisis con el nombre de sublimación. Y la cultura debió hacer posible un encauzamiento de las energías instintivas en un sentido útil, constructivo. Elevar estas fuerzas, espiritualizarlas, sublimarlas. Esta es la renovación definitiva del techo que gotea. Es el proceso de curación de la neurosis, y debió y debe serlo también de la curación de esa neurosis colectiva que es la guerra, el odio de clases, lo revolucionario, la explotación, la violencia y la mentira instauradas como sistema en las relaciones individuales, sociales, económicas, políticas e internacionales.

He aquí un ensayo de interpretación psicoanalítica de la enfermedad de la situación actual.

Veamos ahora como la cultura moderna ha engendrado productos que van contra ella misma, que atacan lo que deben ser sus principios fundamentales, que la corroen por su base.

Debemos comenzar por el propio psicoanálisis, que no siempre anda en buenas manos, sino en la de divulgadores poco avezados, dilettantes, snobs y hasta clientes neuróticos; profanos que abusan de la amplitud de la teoría, de la riqueza de aplicaciones y vastos horizontes que ella brinda, para hacer afirmaciones no siempre de acuerdo con la ortodoxia psicoanalítica.

Acabo de exponer un ensayo de interpretación según el psicoanálisis y he usado términos analíticos como profesión de fe de psicoanalista que soy; pero considero inaceptable que de la importancia descubierta magistralmente por Freud en los complejos inconscientes, quiera dedu-

cirse que dichos complejos son el único guía y la principal orientación de nuestra vida. Grande, enorme, es el influjo del inconsciente en nuestra línea de conducta; pero hay además una razón que nos muestra el camino, una libertad para elegirlo y una voluntad para seguirlo. Nuestro ser va como el caminante de Rodó, por una senda, no ciegamente en derechura a su fin, sino con múltiples seducciones en los costados del camino; no reconocerlas es ignorar la vida; pero quedarse en ellas es no llegar a la meta. Así influyen los instintos de nuestra conciencia; es preciso reconocerlos; pero no es obligatorio ni conveniente dejarse guiar por ellos. Doy esta explicación porque el psicoanálisis — sin quererlo — ha venido a ser uno de los medios con que se ha predicado la exaltación y el triunfo del instinto. Y esto porque al psicoanálisis, en manos de divulgadores y del público, se le hace decir a menudo que somos instrumentos ciegos del instinto, lo cual es negación de la razón, de la voluntad y de la moral. Y pasa a ser así una obra anti-cultural de la cultura; uno de los elementos con que la cultura se destruye a sí misma.

En este mismo grupo englobaría yo el relativismo, la dialéctica; la moda de escribir en forma obscura y difícil, el tratar cosas serias en tono humorístico; el crear términos nuevos, que lejos de aclarar enmarañan los juicios, verdaderos neologismos que de no ser artificiosos y a la moda, serían realmente esquizofrénicos. Son los productos intelectuales anti-intelectualistas, que sin mencionar, indica Thomas Mann, como factor de destrucción de la cultura. Perdónese si de nuevo cito a este autor, pero su visión y comprensión en estos puntos hacen merecerlo. Y prefiero repetir sus propias palabras: "Es un papel de lo más extraño — escribe — el que han asumido los intelectuales desde algunas decenas de años. El espíritu primero se ha vuelto contra sí mismo por la ironía; en seguida se ha negado a sí mismo exaltando la "vida" y esas fuerzas inconscientes, dinámicas, que pertenecen al mundo subterráneo y obscuro donde se elabora la creación. Nosotros conocemos esas actitudes en que el espíritu toma posiciones contra sí

mismo y contra la razón, que execra como al enemigo de la vida".

Así se explica que el hombre moderno por obra de la "élite" intelectual — que debió guiarlo en un sentido opuesto — haya llegado a despreciar su vida; la voluntad, el afán de perfeccionamiento, y los principios morales. Se le enseñó que toda verdad era relativa, que la lógica estaba pasada de moda, que la voluntad no existía, que había que realizar los deseos del instinto, que la responsabilidad era un prejuicio, pues todo delincuente era siempre un enfermo y no un culpable; que educar era sólo observar el desenvolvimiento del niño, no siendo permitido molestarlo; respetar la autoridad era signo de reaccionarios; la religión, cosa de mujeres y niños; la maternidad, un sacrificio intolerable; la moral sexual, una mojigatería; la moral política, una ingenuidad; la moral comercial y profesional, falta de inteligencia.

Y así, sin moral, sin razón, sin jerarquías, sin respeto mutuo, el hombre va en regresión a la barbarie, la sociedad está convulsionada y anarquizada. No hay orden social, sino luchas de clases. El matonaje domina desde el cabaret hasta las relaciones internacionales, pasando por los gangsters. El asesinato político abunda. Las revoluciones o conatos son frecuentes en Sudamérica. La guerra no se puede evitar en Europa.

Esta es la enfermedad de la cultura. Predominio de lo instintivo sobre lo racional, de lo material sobre lo espiritual. Triunfo de la violencia. Predominio de las tendencias destructivas sobre las constructivas. La cultura no llena su misión y se destruye a sí misma. Esto es lo que puede enseñarnos la psicología, o mejor dicho, la psicopatología, porque la cultura está enferma y enferma de muerte.

Sin embargo, he sostenido, que Sudamérica está en situación privilegiada frente a Europa, y lo mantengo. Salvemos, pues, a nuestro continente de la catástrofe. Aun es tiempo de reaccionar. Por psicohigiene y más aún por

caridad, devolvamos a nuestra sociedad, a la "élite" y a la masa, los principios reales y puros. Fuera de modas extranjeras y de prejuicios de anacronismo, enseñemos el idealismo sano, el justo orden social, la moral cristiana: la espiritualidad.

Cultura es triunfo del espíritu.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Materialismo y espiritualismo en psicología

"Quienes no aceptamos que la psicología pueda ser considerada con rigor dentro de las ciencias naturales, consideramos legítimo esclarecer sus problemas no sólo desde el punto de vista biológico sino también desde el filosófico."

H. DELGADO.

"Se puede decir en cierto sentido que el materialismo es la metafísica de los que no quieren hacerla."

A. BINET.

"Repugna instintivamente — decía Claude Bernard — creer que la materia pueda tener la propiedad de pensar y de sentir" y, sin embargo, "creemos que la ciencia conduce a admitir que la materia engendra los fenómenos que sus propiedades manifiestan"..., "porque confundimos las causas de los fenómenos con sus condiciones".

Así es, en efecto. Parece absurdo al sentido común atribuir los procesos psíquicos, especialmente los intelectuales, a transformaciones de energías materiales, a intercambios físico-químicos, a productos de elaboración celular; parece un contrasentido hablar de psicología sin alma, explicarse las actividades mentales como simple resultado de leyes biológicas o aun físicas, y, sin embargo, ha habido investigadores, hombres con espíritu y método científico, que han pretendido interpretar los fenómenos psíquicos como efecto o producto de la materia. Han fracasado. Así como nadie se atreve ahora a sostener como antes, que la vida pueda explicarse por la físico-química y obedecer exclusivamente a sus leyes, sino que es preciso reconocer en ella un princi-

pio que la coloca dentro y al servicio del orden general de la naturaleza; así tampoco nadie osa pensar, como A. Vogt, que la idea o los afectos sean secreciones del cerebro. Se acepta siquiera un "vitalismo" para tratar de comprender la vida, y un "animismo" para explicarse lo psíquico, aunque esto equivalga a una nueva incógnita, a explicar la vida por la vida misma y lo psíquico por lo anímico, que no es sino un sinónimo.

Es el fracaso inconfesado del materialismo. Sin embargo, sus teorías vuelven de vez en cuando a estar en boga, de un modo o de otro, en forma disfrazada, galoneada de hipótesis científicas. No se trata ya de una obra como la de Ferrière, destinada exclusivamente a contradecir la psicología espiritualista, tratando de probar que lo psíquico es mera función cerebral, ni se trabaja con el prejuicio antireligioso de este autor — que confesara en el prólogo de su libro, famoso en el siglo XIX, titulado "El alma es la función del cerebro", — que su obra tenía por objeto "considerar al hombre no como un dios caído que recuerda los cielos, sino como un simple anillo en la cadena de los seres".

Actualmente el materialismo aparece sólo en conclusiones deducidas de investigaciones científicas que parecen revolucionar con su importancia no únicamente la ciencia experimental, sino también la filosófica. El punto de partida, el hecho científico es exacto, y la aplicación, muchas veces honrada, pero falsa; resultado del entusiasmo del descubridor. Ya a principios del siglo escribía A. Binet, refiriéndose al materialismo: "En la actualidad constituye una doctrina poderosa, habiéndose introducido subrepticiamente en el pensamiento de muchos sabios, sin que estos se hubieran dado cuenta de ello. Hay infinidad de físicos y de fisiólogos que hablan y piensan como materialistas, aunque tengan el propósito de permanecer en el terreno de los hechos experimentales y manifiestan un absoluto desdén por la metafísica... Se puede decir en cierto sentido, que el materialismo es la metafísica de los que no quieren hacerla".

Así es como hoy, frente a cada nuevo descubrimiento biológico que explica una pequeña parte del rodaje de la

vida, se cree abarcar un mundo entero, aun toda esa rica sinfonía y vasto panorama que es la actividad psíquica del hombre. Se descubren las secreciones internas, y surge la ilusión de ver las causas de las pasiones, del amor, del odio, de las tragedias humanas, de la emoción, del miedo, de la alegría y del dolor. Pavlov descubre los reflejos condicionados y piensa que por ellos todo se explica. "Las diferentes clases de hábitos basados en la disciplina, aprendizaje y educación — escribe Pavlov — no son sino una larga cadena de reflejos condicionados". Se descubren lesiones cerebrales en alguna enfermedad mental y se afirma que allí, en el sitio afectado, estaba el origen de la facultad psíquica perturbada, que en ese punto residiría la causa de tal o cual manifestación del espíritu.

Es que se confunden "las causas de los fenómenos con sus condiciones", como decía Claude Bernard. Las estructuras anatómicas y los mecanismos fisiológicos son medios de acción de un principio espiritual, son sus instrumentos, pero no son ese principio, no son ese espíritu, no son el alma. Los hechos y potencias psíquicas del hombre no pueden tener su origen en lo material, que cambia, que es mutable, que es extenso y limitado; mientras la persona psicológica y sus actos son estables, tienen su modo individual de ser, que perdura a través de los años y los acontecimientos; y mientras el pensamiento, la conciencia, la voluntad, son cosas intangibles, inextensas. La personalidad humana y sus facultades psíquicas son, pues, superiores a un trozo de tejido cerebral o a una secreción glandular, son de otro rango, de un orden más elevado, espiritual, que no puede ser el resultado de un orden inferior, material.

Sin embargo, esto que parece sencillo y de sentido común, es problema difícil, y muchas veces mal resuelto, especialmente para el sabio que creyendo en la omnipotencia de la investigación científica, espera de la ciencia la explicación de las causas últimas y universales de los fenómenos vitales y de los procesos psíquicos.

Comenzaremos por revisar los errores o factores de error derivados de la relación entre el psiquismo superior y

las estructuras cerebrales, o sea, los argumentos que de la anatomía normal y patológica del cerebro extrae el materialismo para crear una psicología sin alma, que explicaría la actividad mental como causada por elementos o formaciones del cerebro.

Desde antes de nuestra era, se creía ya que el cerebro era el órgano del pensamiento. Aristóteles participó después de esta misma opinión, defendiendo aun la existencia de partes especializadas dentro del cerebro, o sea, de localizaciones, destinadas, por lo menos, a la actividad sensorial. Cuando más tarde, Descartes en virtud de un espiritualismo exagerado, de un idealismo, separa el alma del cuerpo, aparta lo psíquico de lo orgánico, se produce por reacción una corriente contraria que tiende a localizar todos los procesos mentales, aun los más superiores, en relación con determinadas regiones cerebrales, como pretendía Gall, el principal intérprete de esta tendencia. Sólo mucho después del descrédito en que cayó su "frenología" fué posible el nacimiento de nuevas hipótesis localizadoras, partiendo de la anatomía patológica, o mejor dicho de la anátomo-clínica, con un carácter verdaderamente científico.

Para estimar el valor del argumento materialista aducido a este respecto, es preciso distinguir: Una cosa es el problema científico de la existencia de centros cerebrales relacionados con determinada función psíquica, y otra cosa es el argumento filosófico que trata de probar que si tales centros existen, en ellos radica la causa y origen de dicha función psíquica. Por ejemplo, el centro de la palabra, de Broca, sobradamente conocido, es un hecho científico demostrado, pero eso no significa que allí se origine la palabra — propiedad específicamente humana, — sino solamente que su presencia es indispensable para que la palabra se produzca.

Ahora bien, desde el punto de vista de la ciencia, está comprobada la existencia de centros motores y sensitivos, desde la corteza cerebral hasta la médula espinal; de centros vegetativos que rigen el funcionamiento de los órganos internos y del metabolismo general, en la base del cerebro;

de múltiples centros correlacionadores distribuídos a lo largo del sistema nervioso. Pero no se han descubierto centros de las facultades superiores, ni intelectuales, ni de la conciencia, ni de la voluntad. Mucho se ha hablado de la importancia de los lóbulos frontales del cerebro respecto a las funciones intelectuales, pero los hechos demuestran que ni su ablación quirúrgica, ni su atrofia, son de la monta que se suponía. Las ventriculografías o radiografías practicadas previa inyección de aire en las cavidades cerebrales, permiten apreciar que en atrofias frontales de diverso grado, no siempre hay una demencia acentuada. Otro tanto demuestra la autopsia del cerebro, que puede revelar atrofias, sin que el sujeto hubiera perdido groseramente la inteligencia durante su vida. Se cita también casos de ablación quirúrgica del hemisferio cerebral derecho, 5 operados por Dandy (1928) y 3 por Gardner (1933), con sobrevida más o menos larga de los enfermos, uno de los cuales, perteneciente al último de los cirujanos mencionados, vivió 21 meses, sin trastornos mentales de importancia. Según Pierre Marie, lo que la extracción de los lóbulos frontales determina es una desorientación espacial, ligada probablemente a una falta de síntesis de las impresiones espaciales de origen laberíntico y visual. Las lesiones en esa región acarrearían cierta dificultad de la atención voluntaria y de las operaciones de deducción y de síntesis. "Esto es interesante — comenta Henri Bon, al citar tales datos, — pero no podría constituir el centro de la vida intelectual".

Esto demuestra que las funciones localizables hasta el presente son sólo sensitivas, motoras y vegetativas, que se refieren, por lo tanto, al alma vegetativa y sensitiva, pero no al alma intelectual, no al principio de vida humana. Este principio, con sus facultades superiores, la razón y la voluntad, no es susceptible de localizarse, es espiritual, como ya lo dijimos. Localizables son sólo sus instrumentos, los medios que tiene para actuar. De tal manera que, aun cuando el psiquismo inferior pudiera explicarse como simple producto material, las actividades mentales superiores, propiamente intelectuales, necesitan una interpretación espiritualista.

Por otra parte, la anatomía-patológica, macro y microscópica, de las psicosis — es decir, lo que se encuentra en el cerebro de los enfermos mentales, — no es tan rica ni sistemática como para decir que la anormalidad del psiquismo resulta siempre de una lesión cerebral, y después — filosóficamente — que la enfermedad del cuerpo ha producido una enfermedad del alma. Así, mientras en la parálisis general, por ejemplo, hay una clara inflamación del cerebro, en cambio en la esquizofrenia, la más frecuente y grave de las psicosis, no hay lesiones, ni siquiera microscópicas, que sean claras e intensas. Tanto es así que hoy se tiende a considerar esta psicosis — que puede llevar al sujeto a la locura furiosa, a la demencia, al delirio crónico o a la muerte, — como el resultado de una alteración profunda del metabolismo general del organismo, con repercusión secundaria sobre el cerebro y el psiquismo, sin que pueda tampoco asegurarse que éste enferme a causa de la alteración del encéfalo. Lo importante en este caso no es, pues, la lesión cerebral, sino la modificación metabólica, o sea, del organismo y su nutrición en general, y la auto-intoxicación consecutiva.

Esto último prueba, además, que no sólo el cerebro, sino el cuerpo entero, tiene importancia para el psiquismo, y que el alma informa todo el cuerpo y no únicamente a aquél. En el mismo sentido habla la influencia de las glándulas de secreción interna sobre el psiquismo, principalmente sobre los afectos y la conducta humana. Pero, ¿no prueba esta influencia orgánica que el alma afecta de este modo no puede ser espiritual? El hecho de que la secreción, aumentada o disminuída de la glándula tiroides, por ejemplo, acelere o retarde los procesos intelectuales o que el estado de la hipófisis modifique la personalidad, ¿no implica merma del rango de la inteligencia y del alma? No, de ninguna manera.

En primer lugar, en el influjo sobre la inteligencia se trata seguramente de una acción sobre el cerebro, modificando así la condición para el desempeño de la facultad intelectual, el instrumento, pero no el alma, que es su causa. En segundo lugar, la influencia de las glándulas endocrinas,

del funcionamiento de otros órganos, del metabolismo de cualquier substancia orgánica, sobre la personalidad total o la conducta, no prueba sino la posibilidad de acción del cuerpo sobre el alma, sin que ésta disminuya en su naturaleza. Prueba la unión sustancial entre ambos principios — o co-principios, — pero no el desmedro de uno de ellos. Prueba la acción mutua entre lo físico, y lo psíquico, interacción que un médico más que nadie observa a cada momento. La emoción y la angustia, por ejemplo, producen cambios en la circulación sanguínea y en todo el sistema neuro-vegetativo; una neurosis determina parálisis motoras y viscerales, y puede llegar a crear alteraciones orgánicas verdaderas e irreversibles. A la inversa, un hipertiroidismo produce en la psiquis un tinte especial y una aceleración de los procesos mentales; una inyección del extracto glandular correspondiente puede aumentar la virilidad o feminidad, no sólo física, sino también psíquica.

No puede negarse el cuerpo, como no puede negarse el alma. Negar el cuerpo o menospreciar su importancia es aceptar un alma angélica, es producir entre lo orgánico y lo psíquico un abismo que no existe, y que hace imposible la explicación de los hechos arriba anotados. Es idealismo, es espiritualismo exagerado o mal concebido. Negar el alma es por el contrario, desconocer cosas tan intangibles, pero reales, como la conciencia y la voluntad; es aceptar un dominio incontrastable del organismo; es determinismo, es abolición de la voluntad y de la moral.

Tampoco cuerpo y alma pueden marchar separadamente, sino en unión substancial. Lo demás es dualismo, divorcio de elementos inseparables; y tanto el dualismo ultra espiritualista o idealista de Descartes, como el dualismo materialista, o sea, la teoría del paralelismo psico-físico, son falsas concepciones de la personalidad humana, que la fraccionan, la atomizan, mientras las ciencias biológicas y psicológicas nos demuestran cada día más claramente la unidad del compuesto hombre, tanto en su actividad orgánica como en sus procesos mentales.

Sostener con Descartes que el alma es algo superior

e intangible, o defender el paralelismo psico-físico para el cual el pensamiento y la conciencia son epifenómenos sin valor en los actos, son pues, posiciones anacrónicas. El dualismo cartesiano ya no tiene partidarios, salvo entre ciertos psicólogos idealistas. El paralelismo aun cuenta con adeptos, debido a que es una teoría materialista que salva muchas objeciones planteadas a la otra hipótesis materialista, que es monista, que admite la unión del alma y cuerpo, aunque con dependencia de la primera respecto a este último, lo que le ha valido el nombre de "causalidad psicofísica". Respecto a ella, el paralelismo es un perfeccionamiento, pues como dice A. Binet al describirlo, "la idea que constituye la base de esta doctrina no es otra cosa que el fetichismo de la mecánica; en ella se inspira el paralelismo, como la doctrina materialista (monista), pero con más habilidad que esta última, puesto que esquiva la cuestión peligrosa de la interacción de lo físico y de lo moral". Sin embargo, no escapa al propio Binet la debilidad de esta teoría. Esquivar es no resolver el problema a que precisamente estaba abocada la hipótesis, o sea, el de la relación entre lo psíquico y lo físico.

Es preciso admitir la unidad; pero sin que por otra parte, esto signifique confusión. Decir que alma y cuerpo se unen como una sola cosa no quiere decir que ambos son la misma cosa, ni que aquella derive de éste. El monismo y la teoría de la causalidad psico-física, que esto sostienen, son otros dos errores, tanto o más graves que cualquier dualismo.

La verdad está en el medio: ni lo psíquico solo explica todo y se basta independientemente del cuerpo, ni el cuerpo solo es explicación que satisfaga. Cuerpo y alma se unen en un compuesto único, se compenetran e influencian mutuamente; pero tampoco se confunden. Entre materialismo e idealismo, entre dualismo y monismo, allí está la verdad: en el llamado interaccionismo psico-físico.

Este concepto tiene gran importancia para la interpretación de los hechos psicológicos y de los actos morales. Porque de la posición filosófica frente a la unión en-

tre alma y cuerpo, depende la apreciación psicológica de los datos que suministre la observación objetiva de los casos, y la reflexión subjetiva. En efecto, si se admite una influencia incontrastable del cuerpo, de lo orgánico, por sobre los psíquico y espiritual, se caerá en el determinismo, biológico o psicológico. Todos seríamos esclavos absolutos de nuestra materia. La responsabilidad será, entonces, nula o despreciable. Si, en cambio, se concede importancia exclusiva a lo espiritual y racional, se caerá en el error del determinismo idealista, que no aceptará ninguna atenuante a la conducta, si ésta no sigue rigurosamente el dictado de la razón. Son dos extremos errados que deben evitarse. En el caso del determinismo biológico, el hombre se creerá autorizado para realizar todos los impulsos, justificándose con el cumplimiento de una ley biológica. En el caso del determinismo idealista, su sentimiento de culpabilidad lo absorberá y le impedirá actuar, o bien, los escrúpulos y remordimientos lo llevarán a la desesperación.

Ambos determinismos implican negación o disminución del libre albedrío. Considerando, en cambio, en su debida jerarquía los impulsos instintivos, orgánicos en cierto sentido, y el camino que señala la razón, facultad puramente espiritual, se comprende que el hombre pueda elegir libremente, sin estar determinado absolutamente por ninguno de los dos elementos, aunque sí influenciado por ambos, en mayor o menor grado, por uno o por otro, según los casos y las circunstancias. En este terreno se mueve la voluntad para producir un acto, o la cesación o privación de una acción determinada.

Negar el libre albedrío y la voluntad, es moda dentro de la psicología moderna. Frente a una tendencia psicológica demasiado idealista, se ha reaccionado cayendo en el extremo opuesto. Desde que el psicoanálisis descubrió la importancia del inconsciente, del mundo de los instintos, destronando a la Diosa Razón, antes omnipotente, parece que las facultades intelectuales, conscientes y espirituales hubieran sido borradas del mapa de la psicología. Muchos actos humanos se han explicado gracias al psicoanálisis,

pero exagerando sus conclusiones, se pretende interpretar todo por el instinto, como si fuéramos solamente instinto, como si no poseyésemos un alma racional.

Para quienes conciben así la teoría psicoanalítica, y así la aplican a la pedagogía y a la moral, la voluntad no puede ser libre, y por lo tanto, no existe, ni tampoco la responsabilidad. Este determinismo psicológico, que corresponde al determinismo biológico, porque el instinto está en buena parte orgánicamente condicionado, tiene todos los vicios del organicismo que hemos analizado a propósito de las teorías materialistas derivadas de las localizaciones cerebrales o de las secreciones internas. Es la resurrección del paralelismo o de la causalidad psico-física. El instinto tiene su influencia en las determinaciones del hombre, en la voluntad, pero no debe confundirse con ella ni anular su importancia. El instinto es una fuerza con que el alma actúa, impulsando al individuo, pero no es la causa única ni última de la actividad humana. Comprender el papel de las energías instintivas como único motor y causa de todo acto y producción del hombre, es volver a caer en el error señalado por Claude Bernard, de "confundir las causas de los fenómenos con sus condiciones". Es el vicio de todas las psicologías sin alma.

Reconocer, en cambio, en el juego de la voluntad los motivos intelectuales y los móviles instintivos, es la única forma de comprender su acción; y el único modo de evitar dualismos y determinismos. Es la fórmula psicológica del interaccionismo psico-físico, o sea, la aceptación del compuesto hombre, con sus co-principios, cuerpo y alma, en acción mutua y conjunta. Desde el punto de vista psicológico hay que agregar: hombre libre; libre para elegir entre los motivos y los móviles que orientan o impulsan el acto voluntario. Como escribe muy acertadamente Honorio Delgado: "En el acto de voluntad el yo es quien decide, y no los motivos ni los móviles, pues la volición consiste en emplear motu propio la causalidad del instinto según la determinación de la idea. Por eso no puede reducirse el imperio de la voluntad al de la vida instintiva, como tampoco es legíti-

mo identificarlo con la capacidad intelectual. Pero gracias a las tendencias instintivas su dinámica tiene la substancia y dirección de las fuerzas y fines propios de la naturaleza humana, y gracias al pensamiento logra la forma y el orden racional de los principios universales; con las tendencias promueve y diferencia la espontaneidad contingente del ser humano, con el pensamiento transfigura esa espontaneidad insertándola en el reino del espíritu; y así, gracias al cultivo y al desarrollo de la inteligencia, la razón no sirve sólo para facilitar y regular el comercio material con el mundo, sino que hace posible lograr el conocimiento de los fines más altos para las posibilidades del instinto que de otro modo permanecería ciego e incapaz de elevación, con un **ordo amoris** nunca actual".

Esta es la expresión en la dinámica de la voluntad, en la instancia más específicamente humana, de la unión substancial de alma y cuerpo formando un solo todo: el hombre.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

SEGUNDA PARTE

Sobre psicopedagogía

Educación espiritualista

En un ensayo anterior, al tratar de psicología de la cultura, analizaba el desorden que resulta de la vida moderna, que excita o favorece la acción de las potencias instintivas, y altera de este modo el equilibrio del compuesto humano, dificultando la actividad del otro principio, que es el poder de ascensión espiritual del hombre. A este desorden quiero referirme ahora considerándolo en sus orígenes, es decir, en la evolución del niño; y a la manera de remediarlo por la educación mediante una disciplina interior que lo pueda evitar.

La perturbación cultural es causa de fracasos históricos y fuente de perturbaciones psíquicas; por cuanto entroniza la agresividad en las relaciones entre los individuos, entre las clases sociales y entre los pueblos; y porque sumerge al ser en una lucha tumultuosa entre sus tendencias y la razón, donde se debate estérilmente agotando sus energías psíquicas o desviándolas hacia la neurosis. Toda higiene mental y toda higiene de la cultura tendrá que tener como punto de partida esta situación anormal.

La higiene mental, idea grandiosa puesta en marcha por la inteligencia iluminada de un enfermo que quiso evitar su suerte a otros, es hoy un movimiento internacional importante. Ella tiene que referirse, sin embargo, a las generaciones nuevas. El adulto de hoy ya está enfermo. Se le puede tratar; se puede evitar que se agrave o contamine a otros; pero prevenir debidamente el trastorno o la perturbación psíquica o neurótica, significa formar un hombre nuevo capaz de defenderse de estas alteraciones. Y eso puede hacerse solamente con el niño. Por eso los psicohigienistas, reunidos en sociedades y congresos, tienen que volver siempre sus miradas, en definitiva, a la educación. La pe-

dagogía, constructora de personalidades, modeladora de caracteres, resulta ser la única posibilidad de higiene mental eficaz y duradera; y será también la esperanza del mejoramiento cultural, no en el sentido de progreso material o científico, sino en el perfeccionamiento espiritual. Pero las ciencias y artes de la educación sólo pueden pretender tan trascendentales efectos, si ellas logran formar individuos equilibrados, en sus actos y potencias, interiormente organizados, exteriormente sociales, y con orientación constante, de conducta y pensamiento, en una línea ascendente hacia el bien. A esto me refiero cuando hablo aquí de disciplina. No a la exterior, reglamentada y uniformada, sino a la interior y personal.

Pues bien, esta disciplina debe tener como eje central el mejoramiento del sujeto. Sin ello todo lo demás es vano. La utilidad social, el perfeccionamiento en vista al bienestar colectivo, es cosa primordial; pero no basta ni es tampoco posible de alcanzar, sin un deseo íntimo de ser mejor para servir mejor. El orden interior, la formación completa del individuo, aun con jerarquía de facultades y aprovechamiento de aptitudes, tampoco es suficiente si esa organización no obedece a un fin superior y trascendente, único motivo racional de ordenación.

Menos aún puede ser suficiente y más difícil resulta conseguir, el cultivo de la personalidad infantil únicamente según un modelo de equilibrio psíquico, con un ideal de salud, tratando de obtener un desarrollo armónico de tendencias y motivos intelectuales, si no hay un principio por el cual aquéllas renuncien a realizarse o éstos las orienten y encaucen.

Tanto el punto de vista social, como el psicológico y el biológico, son elementos indispensables para las bases de una educación; pero es necesario un principio superior y espiritual que los presida.

En los ensayos precedentes se advierte el error del materialismo psicológico, biológico y marxista no sólo en sus explicaciones del origen del pensamiento y de la conducta humana, sino también en su influencia sobre la cul-

tura y la vida moderna. Ahora, al buscar los remedios que deben ponerse al fracaso de la cultura actual, al tratar de la pedagogía como prevención del fracaso cultural de las generaciones nuevas, es preciso partir de esta premisa recién esclarecida: que no cabe educación verdadera y eficaz si no es espiritualista.

Espiritualista ha de ser en sus fines y medios, en las necesidades neuropsíquicas y sociales, en el orden y equilibrio interior indispensable. "El educador tiene la dura tarea — escribe Madeleine Daniélou — de asegurar en el niño esa ventaja del espíritu sobre la carne que es el equilibrio propiamente humano. En ninguna parte es más delicado el acuerdo de lo espiritual y de lo temporal que en una obra de educación".

Espiritualista no significa, sin embargo, intelectualista. No se trata de atiborrar al niño de conocimientos, ni de ejercitar su memoria o hipertrofiar su inteligencia, sino de hacer educación completa, total, a la vez organizada y jerárquica, con fin social y aún con preocupación del desarrollo físico; pero guiada por un afán constante de primacía de lo espiritual. "La educación debe ser espiritualizante —dice E. Pichon—. Yo entiendo por esto, que el niño debe aprender, tanto por el precepto como por el ejemplo, a clasificar los elementos de la actividad individual y social según una buena escala de valores... Ahora bien, en esta escala el nivel más alto debe ser concedido a las cosas del espíritu, tomando este término en el amplio sentido".

Espiritualista no implica despreciar el aspecto carnal o instintivo del ser, sino por el contrario tenerlo muy en cuenta y utilizarlo al servicio de lo que le es superior. Quien conozca un poco el inconsciente infantil y su fuerza, y quien crea en la naturaleza humana caída por la culpa original, no puede dejar de ver y saber que existen en el niño tendencias que perjudican su desarrollo espiritual y moral, lastre inevitable que dificulta su ascenso de perfeccionamiento. Ya nadie piensa en el niño bueno de Rousseau, que habría que educar sin educarlo. La propia Montessori, que resulta a veces un poco rousseauniana en su afán de liberar al niño

del ambiente "supernatural" y de las influencias del adulto, reconoce el decaimiento del hombre atribuído a un error de origen que afecta a toda la humanidad. Sus propósitos de "normalización" del niño devolviéndolo a la naturaleza infantil primitiva, obedecen al deseo de abolir los obstáculos que pone el adulto a su desarrollo, pero eso no equivale a desconocer en el pequeño ser las tendencias peligrosas.

El valor del psicoanálisis en el estudio del alma del niño reside precisamente en haber dado luz, no sólo sobre las dificultades que le crea el adulto mediante represiones violentas, innecesarias o exageradas, sino también sobre tendencias instintivas, innatas, que evidentemente es necesario suprimir. Que su eliminación sea mediante el aprovechamiento de las energías que cargan perversiones, en algo superior y útil, y no sumergiéndolas en la obscuridad del inconsciente y en el caos de la neurosis, es principio fundamental del psicoanálisis; pero sería falso pensar que debieran ser dejadas a su propia suerte, tendencias que son perjudiciales a la colectividad y al propio sujeto.

Al contrario, si en los momentos de crisis se abandona al niño, su capacidad reducida de juicio y criterio le hará "reprimir", luchar desorientado por principios de realidad o de moral que no conoce bien, ahogarse en sentimientos injustificados de culpabilidad. El exceso de libertad resulta, pues, eminentemente perjudicial, como pasaré a demostrarlo en seguida.

Sin embargo, la virtud del control y disciplina puede también tornarse en vicio si se transforma en rigorismo exagerado. Sobre este peligro se ha escrito ya mucho por reacción frente a la antigua escuela autoritaria y la tiranía de los padres. Sin embargo, deseo también analizarlo desde el punto de vista de la necesidad de ternura y comprensión que reclama el muchacho y sobre todo el niño.

La verdadera disciplina, en el sentido amplio de ordenación interna de las facultades y externa de los actos, es uno de los fines de la educación. Educar es, según todos los psicopedagogos modernos, facilitar el desarrollo psíquico del niño. Pero ello no es posible sin el orden, sin la organi-

zación de lo que va creciendo, de lo que se va captando, y de esto con lo que ya existía. Cómo conseguirlo, será el último punto de este ensayo. Antes pasaré revista a los factores ambientales que pueden favorecer la disciplina espiritual, como el ejemplo de los padres, la confianza y la sinceridad.

He de comenzar ahora por enfocar los vicios que apartan de este fin.

Libertad exagerada

La pedagogía debe considerar el juego de todos los elementos psíquicos, tanto de los que atraen al hombre hacia la tierra como de los que lo elevan hacia el cielo, y contemplar las reacciones del sistema frente a las circunstancias del ambiente. Partiendo de este fundamento, su objeto será favorecer las fuerzas ascendentes, aprovechando los momentos propicios a su desarrollo, y haciendo converger hacia ellas todas las energías de que se puede disponer. Así se debe entender una pedagogía espiritualista.

Así es posible evitar en el desenvolvimiento psíquico del individuo el choque de elementos interiores, la formación de complejos sin más solución que la neurosis. Al tratar en un ensayo anterior, del psicoanálisis, he mostrado la neurosis como el resultado de represiones que sumían en el inconsciente aquellas aspiraciones que resultaban social o moralmente inaceptables, y que más tarde desde el inconsciente continuaban tratando de realizarse, entablando con la conciencia una lucha cuya única puerta de escape era la enfermedad. Esta desviación o fuga hacia la neurosis sólo puede impedirse evitando el conflicto, y la manera de evitarlo es prevenir las represiones. Pero es necesario precisar el concepto psicoanalítico de represión para no caer en el error de suprimir todo control de las tendencias del niño por no producirle represiones. Como queda dicho, proceder de tal modo significaría abandonarle y hacerle caer precisamente en los conflictos psíquicos que se desea evitarle.

No ha de entenderse por represión el dominio consciente, la renuncia voluntaria de los deseos inaceptables. Lo

que se llama represión es el repudio violento y desordenado, hecho "a priori", en forma inconsciente, pretendiendo ignorar esos deseos o tendencias, no admitiendo siquiera el peligro de que existan y actúen. Es ese proceso el perjudicial y reprobable. En cambio, el rechazo consciente, realizado "a posteriori", por razones estimables y justas, no parece ser fuente de conflictos, sino al contrario, permitir el empleo de las energías que alimentaban lo inaceptable, en algo compatible con el ideal del yo. Este segundo proceso de desviación energética hacia lo útil es lo que se conoce con el nombre de sublimación.

Es interesante observar en la mecánica de la sublimación, que el niño renuncia primeramente por sacrificio que ofrece a un ser querido y más tarde en aras de un principio o un ideal, motivo que subsiste en el adulto. Este hecho que ha sido llamado por algunos "oblación", adquiere gran importancia pedagógica, si se piensa en el rol a que están obligados los padres y maestros mediante el cariño que deben infundir y el prestigio que deben asumir para despertar la tendencia oblativa y mantenerla. Además, y esto es más trascendental, los principios que han de infiltrarse en el alma del niño deberán ser eficaces para que la oblatividad se les brinde en el mayor grado posible, tanto en la infancia como en la adolescencia y en la edad adulta. Desde estas consideraciones se contempla con nuevo interés la necesidad de una educación espiritualizante.

Con esto queda claro que los avances de la psicopedagogía demuestran la existencia en el niño de dos principios, instintivo y consciente, corporal y espiritual, ambos importantes en la educación, ambos dignos de ser respetados; y también orientados, facilitados en su evolución y acción. Pero así como antes se miraba más al aspecto intelectual, ahora se favorece tal vez en exceso el instintivo. Se propicia, no sin riesgo, una libertad exagerada de las tendencias. Justo y necesario es defender el desarrollo de la parte afectiva; pero sólo en cuanto a motor, a principio dinámico de la actividad humana. La conducta está condicionada además por la razón, por la voluntad, y a ellas hay

que atender también en la educación. Si ésta tiene por objeto conseguir la evolución armónica del individuo, no puede despreciar lo intelectual y volitivo.

Hay quienes quisieran extender a la educación en general, principios de la pedagogía moderna que sólo valen para el niño pequeño. Error en que no han caído los descubridores geniales de los nuevos métodos, sino sus propagandistas o cultores.

La escuela montessoriana y la de Decroly nacieron de la educación de anormales y pasaron a la de niños normales sin inconvenientes, aún, ciertamente, con grandes ventajas, algunas trascendentales para la pedagogía. Pero sus fundamentos no pueden valer para la educación universal. La educación motriz y sensorial favorece el desarrollo del individuo, hasta su esfera afectiva e intelectual; la educación individual o en pequeños grupos despierta la oblatividad ante el maestro o la colectividad; pero no son capaces de crear principios superiores de oblación, de auto-dominio. Son utilísimas, indispensables en la escuela de niños, pero no pueden servir de normas pedagógicas generales, por cuanto llega un momento en que el niño debe independizarse, en que el muchacho que ha llegado a ser, se sacrificará sólo ante ideales, no ante personas. Ya desde el momento de la pubertad es evidente este hecho, y si al niño no se le han dado elementos de juicios de valor y de moral, si no se le ha impregnado en principios superiores, cederá ante sus impulsos, redoblados de intensidad en esa época, o los reprimirá cayendo en la neurosis. En el primer caso, podrá simular un dominio ante las autoridades de antes, mentirá, se hará un hipócrita; pero el dominio tranquilo y seguro de sí mismo no lo conseguirá si no lo había adquirido de antemano. **Quiero con esto señalar el peligro de la pedagogía activa, si comprende sus funciones como una excesiva libertad, a fuerza de buscar revelación de aptitudes y respeto a las iniciativas.**

Un sistema tan excelente como el Montessori, que ha revelado la necesidad de respetar la personalidad del niño y la libertad para que sus aptitudes se manifiesten, pierde

valor y eficacia si no va acompañado de nociones de autoridad, disciplina y obediencia. En la realización práctica de sus principios también lo comprende así la Montessori. Lejos de abandonar al niño, lo controla y lo guía. Libertad para la iniciativa de un acto, pero no para su repetición si es inconveniente. La privación de la libertad para lo malo no será por castigo, pero sí mediante el consejo, la amonestación o el abandono.

Lo importante es desarrollar en el niño el auto-control, el dominio de sí mismo. Conforme a la definición de educar, su fin es facilitar el desarrollo de un principio íntimo de orden interior y auto-disciplina que el hombre posee desde su nacimiento. Llámese conciencia moral, self-control o super-yo, repugna al hombre la entrega total a sus pasiones y la anarquía de sus tendencias; aunque ceda muchas veces a aquéllas y aunque éstas le hagan perder a menudo la justa perspectiva de la escala de valores. Cede infinitas veces a la tentación; pero otras tantas se arrepiente. Lo deslumbra la atracción del vicio o de la lucha ilícita y apasionada, pero termina por hallarlo feo y encontrarla amarga. Y son estas decepciones y el consiguiente sentimiento de culpa imperdonable, lo que se desea evitar, por higiene psíquica y moral.

Exceso de rigor.

Grande es el peligro de la libertad excesiva; pero existe también el riesgo de la estrictez exagerada. En efecto, según las circunstancias, puede ser más perjudicial reprender, castigar o amenazar a un niño con severidad, que pasar por alto su falta, pues con la violencia de la palabra, del gesto o de la acción se suelen determinar represiones que perjudican la vida entera del sujeto. Ya lo hemos explicado: si en vez del consejo corrector, que no descorazona, sino alienta, recibe el niño la dureza que aniquila, sus tendencias aun desorientadas, titubeantes, se apartarán de ese error; pero quedarán ocultas, latentes, y aun reforzadas por esa violencia, prestas a usar el escape

de la neurosis o de una perversión peor que el defecto que se deseaba corregir.

Puede ocurrir, además, que el castigo resulte a los ojos del niño desproporcionado a la falta y despierte entonces el rencor de justicia lesionada y de honor ofendido, que sumaría a sus tendencias agresivas un elemento más, y lo que es peor, un motivo más de dirigir dicha agresividad contra el padre o educador que aplicó la medida.

En los castigos corporales esto ocurre siempre, con la agravante de despertar sentimientos de revancha y de sadismo. No es raro el caso de niños que sufren castigos corporales y llegan a acostumbrarse a ellos; no sólo en el sentido de perder su importancia, sino aún de desearlos. Más frecuente es todavía la tendencia a efectuar a su vez dicho castigo en otro, y es generalmente el hermano menor, si no el amigo, quien recibe injustamente los golpes que recibiera el castigado.

Problema difícil es el de la disciplina; pero por sobre todas las cosas es preciso evitar que por conseguirla se estimulen en el niño los instintos sádicos. En un ensayo anterior he analizado ya el rol del sadismo en la época moderna. No puede extrañar a nadie que sean especialmente guerreros los pueblos en que ha imperado la ley del látigo y la palmada en la educación de sus generaciones, ni que sienta mayor odio de clase aquélla en que los niños son tratados con verdadera crueldad.

Sin trascender, empero, a las relaciones de clases o pueblos, tiene gran importancia en el hogar, en la constelación familiar, la dureza o dulzura de la educación de los hijos.

El niño es un ser eminentemente tierno. Sale de un lugar en que todo es acogedor, suave, tranquilo, abrigador: el seno materno; y desea un ambiente semejante. Refiriéndose al recién nacido escribe M. Montessori, con acento emocionado: "Era el hombre que salía del reposo. ¿Quién puede imaginarse lo que es el reposo absoluto, el reposo del que ni siquiera ha de comer, pues otros comen en su lugar, que vive en el abandono de todas sus fibras,

porque otros tejidos fabrican y le procuran el calor necesario a su existencia? Sus tejidos más íntimos no han de defenderle contra los venenos y bacilos, porque otros tejidos lo hacen por él. Y recibe el oxígeno en abundancia sin que respire, privilegio único entre todos los seres vivientes".

Esto deja su huella, si no en la memoria, en el corazón. Es una impresión que se va borrando con los años, pero que está viva en el recién nacido y vibra en toda la infancia. Sed de ternura. El principio del placer, dice Freud, preside la actividad psíquica infantil, y allí estaría el origen del amor. Es un amor suave, dulce, que se insinúa hacia la madre, pero que es aún impersonal. Es un ansia de volver a la blandura, al sosiego, a la obscuridad de donde se acaba de salir.

Debemos respetar ese afán de ternura. Dar al niño un ambiente que en algo recuerde ese lugar ideal. Decía yo al respecto en el II Congreso Internacional de Higiene Mental (París, 1937), en respuesta a una opinión que quería limitar la psicohigiene en la educación familiar a los niños sospechosos de ser anormales.

"Nos parece, al contrario, que ella debe regir para las condiciones de vida comunes a todos, a fin de evitar precisamente la producción de estos casos, es decir, de las psicopatías y psicosis. Es posible que la higiene mental no pueda actuar directamente, pero tiene el derecho y el deber de intervenir con el apoyo de las disciplinas que le son comunes como la psicología, la pedagogía, la sociología y la psiquiatría, y otras aun más lejanas como la arquitectura y el arte.

"En efecto, estas últimas, por ejemplo, pueden contribuir a la formación de un ambiente agradable para el niño, que permita un desarrollo armónico de sus facultades y actividades. Cuántas neurosis y psicosis no son debidas a la habitación pobre, desagradable e incómoda que contribuye a la desolación del hogar familiar. Precisamente, esta necesidad de un verdadero hogar para el niño es el segundo punto que quería hacer notar. No sólo hogar desde el punto

de vista material, sino espiritual, para permitir al niño recibir todo el amor de sus padres. ¿Por evitar la "ternura ridícula", debe caerse en el rigor excesivo o en una indiferencia, natural o simulada? Se ha dicho con razón que el mundo sufre de falta de amor, y es verdad. **Muchos psicópatas son "chercheus d'amour", víctimas de la nostalgia del seno materno o de un hogar que debió continuar su rol".**

El psicoanalista ve día a día las consecuencias de la indiferencia de los padres. El niño retira de ellos su afecto y se repliega en sí mismo, retirándolo a la vez de los demás seres. Se torna egoísta, asocial, cruel unas veces, vicioso otras, y casi siempre neurótico. Es el narcisista de Freud, el introvertido de Jung, el fracasado en su afán de poderío y por ende enfermo de inferioridad, según Adler.

Resulta, pues, desde todo punto de vista indispensable, que los padres satisfagan la sed de ternura de sus hijos, y no quiebren jamás esa fusión de corazones que debe existir, con castigos desproporcionados, injustos o violentos.

Cuántas veces el padre más amante y cariñoso con sus hijos se siente molestado por ellos en nimiedades que no implican más falta que la de violentar su orden o su paz. Sea que esté trabajando, que tenga visitas en la casa, que duerme o repose, si el niño interrumpe su actividad o su silencio inoportunamente, salta indignado en contra del pequeño, lo reprende o lo golpea. Muy justas serán sus razones de trabajo o de descanso; pero el niño tiene también motivos, y generalmente son los de buscar un apoyo, un consejo, un cariño, aun una simple sonrisa del papá.

Bastaría satisfacerlo y pedirle que no volviera a repetir su entrada, con una frase dulce y un tono comprensivo. Tanto más fácil será si se le ha advertido que no debe interrumpir a ciertas horas o en determinadas circunstancias; que no puede entrar en algunas habitaciones. Pero precisamente son los padres que antes han permitido al niño presentarse al comedor o lo han invitado a saludar a las visitas, los que en un momento dado se molestan por ello y se enfurecen con el niño, que no ha sabido los motivos de este cambio de actitud. Para él no será más que un capricho

de los mayores, y el castigo o reprimenda, una injusticia más.

Es más difícil educar con suavidad, dominar el impulso, verdaderamente sádico a veces, de imponer la voluntad con violencia; pero es mejor **La tiranía de los padres es tan perjudicial para el hogar como la tiranía política para los pueblos.**

Es difícil también dejar pasar las faltas intrascendentes, porque estamos continuamente preocupados de corregir más que de estimular. El aplauso merecido a la buena acción del niño lo impulsará a realizar otras y, por último, al hábito de la bondad. Es camino más largo y delicado para educar y, sin embargo, es la única manera de construir con solidez un carácter sano. Más sencillo resulta, naturalmente, mirar a los defectos y ejercer la tuición negativa de corregirlos, de enmendar lo que se juzga indebido, aunque esto conduzca a encontrarlo todo malo y a transformar a los padres en seres regañones y temidos en vez de motivos de amor y admiración. Por inclinación natural se mira más a lo malo que a lo bueno, aunque la experiencia pruebe que con ello se crea al niño complejos de inferioridad y sentimientos injustificados de culpa, porque se le convence de que es imperfecto como nadie e incapaz de nada bueno.

Es preciso que los padres y educadores se despojen de sus tendencias agresivas y sádicas al ejercer la educación, tanto en la forma de castigo como en la de ver al lado de defectos y errores de los niños, las acciones buenas, si no siempre en sus resultados al menos en su intención. Porque la inexperiencia del pequeño pone torpeza y fracaso donde éste buscaba perfección y aplauso. No puede exigirse al niño que lleve hasta el fin y con éxito lo que con buena intención quiso ensayar.

La inexperiencia que lo hace titubear y equivocarse, vale para todo su psiquismo, desde la esfera motriz hasta los juicios morales. No podemos enjuiciar sus actos con criterio de adultos. Así como la justicia ha creado tribunales de menores, los padres y maestros deben considerar que no es posible exigir al niño lo que a un adulto y tratar de situarse a su pequeña altura para comprenderlo.

Resulta de esta manera, que ni la libertad anárquica ni el rigor excesivo son compatibles con la sana pedagogía. Es preciso buscar una situación intermedia, que no será tampoco de equilibrio inestable, sino de principios firmes aplicados con criterio justo y continuidad perseverante. La línea orientadora tendrá por fin la elevación del niño, favoreciendo su desarrollo espiritual hacia lo alto, en un ambiente materialmente agradable y psíquicamente favorable a dicha evolución.

El ambiente familiar

En cuanto al ambiente material, pocos son los hogares que ofrecen al niño facilidades para el desarrollo psíquico. Algo se ha preocupado el Estado y el particular de las necesidades de la higiene física, pero nada de la higiene mental. La civilización ha acelerado el ritmo de la vida, ha complicado las relaciones de los hombres con la naturaleza, y el niño que es naturaleza y que es bradirrítmico, lento en su movimiento interno, por rápido que parezca en su actividad externa, sufre, y no se le comprende.

El gran apóstol de la causa infantil que es M. Montessorri, describe muy acertadamente la trágica situación del niño de las grandes ciudades: "Es el estorbo constante del adulto, absorbido y fatigado por ocupaciones cada vez más exigentes. No hay sitio para el niño en la casa cada día más reducida, de la ciudad moderna, donde las familias se acumulan. No hay lugar para él en las calles, porque los vehículos se multiplican y las aceras se hallan llenas de gente que tiene prisa. Los adultos carecen de tiempo para ocuparse del niño, cuando las ocupaciones le absorben con urgencia. El padre y la madre van ambos al trabajo y cuando éste no existe, la miseria oprime al niño y le arrastra con los adultos. Hasta en las mejores condiciones, el niño es abandonado en su habitación, en manos de gente extraña, pagada, siéndole prohibida la entrada en la parte de la casa destinada a las personas que le han dado la vida. No hay refugio alguno donde el niño pueda sentir que su alma será comprendida, donde pueda ejer-

cer su actividad. Es preciso que permanezca quieto, que se calle, que no toque nada, pues nada le pertenece. Todo es propiedad inviolable del adulto, prohibida al niño. ¿Dónde están sus cosas? No posee ninguna. Hasta hace algunas decenas de años, ni siquiera existían sillas especiales para los niños... Por un fenómeno psíquico misterioso, el adulto se ha olvidado de preparar un ambiente adecuado para su hijo".

Pero a qué hablar de la arquitectura o mobiliario inapropiados cuando hay padres que ni siquiera son capaces de vestir con comodidad a sus hijos. Buscan el lujo y el boato a gusto de ellos, sacrificando el bienestar del niño: primero las mantillas y envolturas, después los pantalones prematuros, los sombreros y abrigos inútiles, los zapatos que aprisionan piececitos que aún no saben pisar. Yo siempre recuerdo un hermoso pensamiento de Tagore: "El niño que se halla cubierto con traje principesco y lleva rodeado el cuello con cadenas de oro, en su juego no halla dicha; embargándole a cada paso sus vestidos. Su madre que lo apartó del saludable polvo del camino, que le robó el derecho de entrada a la gran belleza de la igualdad humana, de vuestra bondad el esplendor no alcanza".

No es menester riqueza para alegrar al niño. A excepción de la miseria, ella es la mayor enemiga de su felicidad. Vestir a los hijos amaneradamente y privándolos de la sencillez que aman, llenar sus cuartos de juguetes que obstaculizan sus primeros pasos, no son ventaja alguna. Sólo se consigue crear en ellos una vanidad que naturalmente no poseen y que los padres quisieran infundirles, como si no les fuese suficiente la propia, que los impulsa a semejantes desatinos. Parece que antes de desear hacer de sus niños los hombres y mujeres de mañana, aspiran a dejarlos eternamente convertidos en muñecos, motivos de juego y diversión para ellos y sus amistades. Es una grave ofensa a la personalidad del niño, tanto o más respetable que la de sus progenitores.

En lo que respecta al ambiente psíquico en especial, la ternura, la paz, la suavidad, deben reinar en todo hogar que aspire a la sana formación de los hijos. Es principio

indispensable, tanto para el desarrollo afectivo, como para el intelectual y el moral: **la ternura acogedora y comprensiva que llene el ansia de cariño de la infancia; la paz en que pueda acrecentarse el agua cristalina de la pureza del niño; la suavidad que acaricie y que enderece con insinuaciones cautelosas el pequeño retoño.**

El niño tiene derecho a esta felicidad que sus padres deben proporcionarle, y que como dice Pichon "perfumará todo el resto de la vida". "Este deber es además — agrega el gran psicopedagogo moderno — una tarea educativa, al menos a título negativo; pues si todo niño feliz no es por esto mismo bien educado, en cambio, todo niño que no ha conocido la plena felicidad de la infancia tiene su lado neurótico".

Permítaseme seguir a este autor cuando más adelante, en su libro admirable, desde el punto de vista científico y filosófico ("Le dévelo ppement psychique de l'enfant et de l'adolescent"), se refiere a una condición indispensable para que en un hogar reine el amor y la paz: la constitución normal de la familia:

"La higiene mental — escribe Pichon — exige, según declaración de todos los especialistas, familias regulares. Lejos, pues, de lesionar los poderes públicos la institución del matrimonio, ya inevitablemente roída por los impulsos de los pobres humanos, deben esforzarse por conservar toda su solidez...

"...Y sobre todo se facilita el divorcio, que no debería ser sino expediente excepcional para condiciones monstruosas; se le permite entrar en las costumbres; se comienza a ver jóvenes parejas que en el momento mismo del matrimonio, en ese instante en que no debían tener ante sus ojos sino la imagen de un porvenir de eterna unión, sueñan ya con que después de todo se tendrá el divorcio como puerta de salida si la cosa no anda bien...

"Con todos estos desórdenes familiares, los niños sufren. En particular el divorcio es para ellos un golpe terrible que soportan raramente sin ser afectados por un dolor profundo o por una neurosis, si no es por ambas cosas a la vez".

La constitución de la familia es, pues, elemento importantísimo en el equilibrio psíquido del niño y no lo es menos en su formación moral, es decir, significa un factor de primer orden en lo que he llamado disciplina.

No menos interesante es el rol del ejemplo. El niño se conforma a la medida de sus padres; ellos constituyen el modelo de sus actos y contribuyen a construir su conciencia moral. Es un hecho demostrado por el psicoanálisis, que esta instancia, que Freud llama el super-yo, se forma primeramente por una especie de asimilación o introducción en la personalidad del niño de la imagen de sus padres.

La imitación es una cualidad que aparece desde los primeros meses y caracteriza toda la niñez. Es en consecuencia un medio fecundo de educación, como puede serlo también de corrupción. Por algo quiso Cristo colgar la piedra al cuello a quien escandalizara a uno de sus pequeñuelos. Grande es, pues, la responsabilidad de los padres al respecto.

Sin embargo, como la naturaleza humana, por sus inclinaciones perversas, es débil ante el bien, más conviene a veces apartar un poco a los niños de una idea demasiado pura de sus padres, que ensalzar su imagen hasta la adoración y exponerlos a ver derrumbarse el ídolo un mal día. En los primeros años de la infancia se les puede entregar a la contemplación e imitación del puro ejemplo parental. Más adelante deberá aprender el niño a imitar sólo lo bueno y a comprender que aún sus padres pueden errar. Esto se hará cuando el muchacho tenga criterio moral suficiente y coincidirá maravillosamente con la época en que los padres deberán ir retirando su tuición y entregando el control moral a la propia conciencia de sus hijos. En el silencio de ella encontrarán una voz que los guíe: la del Modelo más puro y el Maestro más sabio que pueda concebir un cristiano.

El mimo y la mentira

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Antes de llegar al último punto, quiero referirme a dos defectos que han de evitarse siempre en el ambiente fami-

liar, en las relaciones entre padres e hijos: el mimo y la mentira.

La ternura, fuente de felicidad para el niño, ayuda para su formación, puede convertirse por vicio de exceso, en el mimo sensual y anti-educativo. El niño mimado ha sido tema de múltiples autores rigoristas, y ha pasado al terreno del vulgo el conocimiento de sus defectos. Es el "consentido", el "regalón", el niño a quien tías y abuelas permiten y celebran todo; es el caso también del "hijo único".

Parece incierto el límite entre la ternura adecuada y conveniente y la "ternura ridícula" o el mimo. Sin embargo, se trata, no sólo de una demarcación de intensidad, cuantitativa, sino de una diferencia cualitativa, esencial. En efecto, el cariño y sus manifestaciones no están reñidas con la disciplina: se puede aplaudir al niño las buenas acciones, y al mismo tiempo advertirle y castigar las indebidas. El mimado, en cambio es objeto de alabanzas por todo lo que haga, bueno o malo, bien o mal ejecutado. La diferencia de grado existe también, y aunque menos precisa, no menos clara. El exceso de caricias, no de cariño, es lo característico del "regalón". Caricias sensuales que excitan la líbido infantil, a veces en momentos de crisis y peligros para el equilibrio psíquico, y que muchas veces resultan de la insatisfacción libidinosa de los propios padres.

En conexión con el mimo está el facilitar excesivamente al niño sus primeros actos. Es vicio perceptible en ciertos padres desde que su hijo empieza a caminar; y se ve como por evitarle peligros impiden o dificultan los pequeños ensayos o ejercicios de la marcha, de correr, de tomar alimentos, etc. Para estos padres, el niño debería ir siempre de la mano, no usar jamás las escalas, no comer sino con biberón. Más tarde, habrá que acompañar al niño al colegio y, como conozco casos, hasta a la Universidad.

Es encadenar al niño a una mano que fatalmente extrañará más tarde. El individuo acostumbrado a que se le guíe, se le acaricie constantemente y se le defienda, se sentirá en la vida abandonado, solitario, incomprendido y hasta perseguido. Fallará en él la voluntad, la confianza en sí mismo y en los demás. Será tímido, susceptible, retraí-

do, y sufrirá de nostalgia y angustia, cuando no de paranoía.

El otro vicio capital en la educación es la mentira, cualquiera sea su grado o su forma. **Mentir a un niño debería ser siempre pecado mortal.**

La verdad es principio indispensable para una pedagogía, y debe impregnarla, saciarla; de tal manera que el ambiente educativo exhale sinceridad y permita en todo momento la confianza del niño. Si los padres o maestros no saben despertar esa confianza no pueden tampoco educar, porque esto es conocer, y sólo se conoce a quien abre su espíritu y su corazón.

Hay dos maneras fáciles de impedir la espontaneidad del niño: el rigor exagerado, a base de amenazas y de castigos desproporcionados, y el mal ejemplo de los padres. Parece absurdo admitir que haya educadores que mientan a los niños y al tiempo se indignen si éstos caen en la misma falta. Sin embargo, los padres mienten a sus hijos con demasiada frecuencia: lo hacen para consolarlos, lo hacen para intimidarlos; o bien para excusar su propia conducta sorprendida; y sobre todo para esquivar preguntas de curiosidad sexual del niño, abriendo en este caso un abismo en la confianza y condenando al hijo a informarse en fuentes maliciosas o pornográficas.

Todavía la mayor parte de los padres cree que es preferible que su hijo ignore todo conocimiento sexual, hasta donde sea posible, sin pensar que al no satisfacer la curiosidad del niño a este respecto, producen en él perturbaciones psíquicas, complejos y neurosis; y que por otra parte, al obligarle a iniciarse furtivamente tampoco favorecen la formación moral. Foerster, autoridad indiscutible en la educación ética, escribe al respecto: "Opinamos que la atención principal de todos los educadores debería concentrarse, a fin de dar a los jóvenes una iniciación ajustada, proporcionándoles los medios espirituales adecuados para despertar en sus almas un vivo interés por la dominación de sus instintos, y haciéndoles accesibles, de un modo efectivo, las experiencias logradas por las generaciones precedentes".

La curiosidad sexual debe ser satisfecha con la misma sinceridad que todos los problemas y deseos de saber del niño. Tanto la primera como los últimos se calman y se orientan con la verdad, que sacia la inquietud y que abre la llave de la confianza; y no con la mentira, el engaño o el disimulo, que aumenta la intranquilidad del niño y lo llevan a la angustia de la incomprensión y el abandono. Mucho más pudiera decirse de la educación sexual, problema antes muy discutido, pero en cuya solución están actualmente de acuerdo científicos y moralistas. Los límites de este ensayo no lo permiten. Baste agregar al principio de sinceridad, el de la instrucción individual, no colectiva; realizada en lo posible por los padres, y sin una hipervaloración de lo sexual en el conjunto armónico de las nociones que se enseñan.

Volviendo al tema de la mentira, hablaba del ejemplo de los educadores. En efecto, si los padres pueden mentir, ¿por qué no han de sentirse los hijos con igual derecho? El rol del ejemplo es en este punto importantísimo, porque se trata de una falta fácil de imitar, con poder de contagio, y que prende fecundamente en el terreno imaginativo y mitomaníaco de la infancia. Fantasear y mentir son tendencias características de la niñez. Aprovechemos la primera en su forma creadora; vigilemos su exceso; proscribamos la mentira.

La verdadera disciplina

Repito que al hablar de disciplina deseo referirme, no sólo al orden exterior, visible y material, de distribución de personas y actividades en tiempo y espacio, sino al equilibrio y armonía interior, al juego adecuado de las tendencias y controles, que se traducirá hacia afuera en una sólida disciplina exterior, y hacia adentro en la salud psíquica y la paz del alma.

Esta verdadera disciplina no puede lograrse, según se ha visto, ni mediante libertad exagerada ni por medio de excesivo rigor; ni con violencia o abandono, ni tampoco con "mimo". Sólo la sabia medida de los elementos pedagógicos puede alcanzar el triunfo. Una dosis mayor es perjudi-

cial y aun mortal. Una dosis pequeña puede resultar insuficiente.

Ahora bien, todo problema de dosis se resuelve en terapéutica midiendo la tolerancia del sujeto, dentro de ciertos límites y con debida cautela. En pedagogía no puede experimentarse así, porque si en medicina se cuenta con antídotos, en la educación de un ser se determinan deformaciones a menudo irremediables. Es necesario conocer, entonces, de manera profunda y completa el terreno en que se va a trabajar, las tendencias, la constitución psíquica, el carácter del niño. Por otra parte, tener cabal conocimiento del alcance de las medidas que se adoptan. Este trabajo de formación, previo a la acción educadora, debiera ser socialmente exigible. Así como al maestro se le pide una preparación pedagógica, los padres también tienen el deber de ilustrarse.

La misión de los padres no termina en la procreación; **no basta echar hijos al mundo; es necesario convertirlos en hombres dignos de su fin y aptos para alcanzarlo.**

Prepararse para educar y conocer al niño, son principios ineludibles para todo educador. Conocer ese germen que se va a desarrollar no es cosa fácil, pero la compensación es el éxito de la empresa. Y la manera de conocerlo es observarlo. Dentro de la libertad controlada hay que dejar moverse al niño y observar sus tanteos, ensayos y creaciones, sin más presión exterior que la indispensable. La vigilancia no debe jamás confundirse con la sujeción total y la colocación de obstáculos al desarrollo psíquico. Sólo mediante esa libertad puede llegarse a conocer al niño, permitiendo la expresión de sus tendencias y aptitudes.

Inspirada en Bergson, escribe con razón M. Daniélou: "Yo creo que el valor de una obra educativa reside en gran parte en el equilibrio guardado entre la originalidad del niño y la presión venida de fuera, en el acento puesto sobre el desarrollo de la personalidad o sobre la adaptación". La adaptación, que se consigue por la disciplina exterior, es importante; pero más lo es aún la formación o disciplina íntima, nacida de una vida interior sana y potente.

Tocamos aquí el punto álgido del problema de la dis-

ciplina interior y de la educación misma: los medios y fines. Decía al comenzar, que ni siquiera el orden o equilibrio en el juego de las diversas instancias y energías psíquicas era suficiente para una verdadera pedagogía. Se precisa una orientación que presida y regule ese mecanismo ordenado. Ahora bien, si se considera como finalidad pedagógica la utilidad del individuo para la colectividad, entre la adaptación y el desarrollo original de la personalidad, será la primera el medio o fin inmediato principal. Es lo propio del totalitarismo político.

Pero si el fin último de la educación es mal alto, más espiritual—sin que por ello deje de ser social—, la orientación consistirá en especial en el desarrollo de la vida interior. **La creación de ideales elevados y el aprovechamiento de todas las energías a su favor, en un ambiente de pureza y de confianza, serán, en efecto, las orientaciones de la pedagogía espiritualista.**

Ella conduce más a formación de "élite" que a lo "standard"; pero no por eso requiere dotes excepcionales, ni desarrollo intelectual avanzado. Puede y debe iniciarse en la primera infancia. El niño pequeño comprende y sufre los cuidados excesivos o la tiranía del educador, que impiden su desarrollo; como desea y necesita la sinceridad que lo invite a confiarse y obedecer, y el cariño que lo acoja y lo eleve. Ya desde esa época es posible enderezar sus tendencias y elevar sus sentimientos. Más tarde, la educación moral, que lo hará libre y digno, perfeccionará el ascenso iniciado en la infancia; satisfará el ansia de mejoramiento sembrada en sus primeros años.

Así se elevará por sobre sus miserias hacia el objeto supremo que es la Eternidad. Porque, en resumen, el fin de la educación no puede ser otro que el del hombre: Dios. Y su camino: Cristo; Maestro sublime de la disciplina interior. La pedagogía que acerca el alma a Dios es la verdadera pedagogía. Todo lo que la aleja es falso.

Cada alma infantil debiera recordarnos siempre la escena del Evangelio: mientras los discípulos pretendían apartar a los pequeñuelos del lado del Maestro, Cristo decía acariciándolos:

"Dejad que los niños se acerquen a Mí".

SECCIÓN CONTROL Y CATALOGACIÓN BIBLIOTECA NACIONAL

INDICE

Pág.

Prólogo ... 5

PRIMERA PARTE.

Sobre Psicoanálisis ... 9
Aspectos psíquicos de la cultura moderna ... 19
Materialismo y espiritualismo en psicología ... 35

SEGUNDA PARTE.

Sobre Psicopedagogía ... 49
Educación espiritualista ... 49
Libertad exagerada ... 53
Exceso de rigor ... 56
El ambiente familiar ... 61
El mimo y la mentira ... 64
La verdadera disciplina ... 67

"Gutenberg".